

La imposición de las Manos

Oswald Wirth



“El individuo no es nada por él mismo, sino puede disponer de una fuerza inmensa si llega a imantarse corrientes de la vida colectiva...”

“El gran agente mágico resulta del matrimonio de la voluntad masculina y de la imaginación femenina, los principios antagonistas que representan ambas serpientes del caduceo hermético”

“Cada uno puede imponer las manos y rendir a veces por este medio tan simple de inestimables servicios. El magnetismo curativo se tiene que vulgarizar, hacer pasar en las costumbres”

“Sepa querer con dulzura, sin sofrenadas ni sobresaltos; tenga una imaginación viva y ardiente, y deje entrenarse de fuera de vos mismo (a) para llevar socorro a otro; cultive sus facultades voluntarias e imaginativas; así su poder oculta ira sin cesar aumentando. Todo es aprender a pensar, con el fin de servirse del pensamiento como de la fuerza comparable a la electricidad”.

Wirth

**A la memoria
Del Vizconde CHARLES DE VAUREAL
Doctor en medicina de la Facultad de París**

**Al que el autor debe la llave interpretativa
Del simbolismo hermético**

ANTES DE LA PRESENTACION

Proponiéndose redactar un tratado sobre la imposición de las manos, el autor tuvo a la vista en primer lugar sólo un fin puramente humanitario: había comprobado la eficacia de un modo de tratamiento desconocido, y se consideraba obligado a publicar el resultado de sus observaciones.

De ahí nació la primera parte de la obra presente. Se dirige indistintamente a todas las personas ágiles bastante independientes para considerar las cosas sin partido - tomado. Todo se limita a un relato de hechos personales, expuestos en lo que presentan de instructivo.

Pero el autor no pudo afianzarse allí. Estábamos en derecho a exigir a él explicaciones, fueron hipotéticas; porque el hecho mismo no arrastra ninguna convicción, mientras racionalmente no es interpretado. Después de haber enseñado la Práctica, se volvía indispensable abastecer por lo menos de indicaciones respecto a la Teoría.

Así tomó consistencia la segunda parte de este trabajo.

No hay que buscar allí soluciones totalmente formuladas. Todo todavía es misterio en el dominio de la psiquiatría. Los agentes psíquicos a los que pone en ejecución esta rama del arte médica, nos son desconocidos en su esencia. Ninguno sabría decir lo que es el pensamiento, la voluntad, la imaginación, la vida.

Poseemos sin embargo una tradición filosófica, que proyecta una claridad viva sobre los problemas más temibles. Los grandes pensadores antaño edificaron una síntesis de ciencia y de metafísica que es importante poner al alcance de las generaciones actuales. Es en la restitución de un monumento precioso para la arqueología del pensamiento, que el autor se aplicó, exponiendo los principios de la Medicina Filosofal.

Desgraciadamente, las altas especulaciones de la Filosofía hermética no sabrían ser vulgarizadas. Quedan para siempre la herencia de esta elite intelectual, que sabe discernir el espíritu vivificante bajo las cortezas de la letra muerta.

El que no es ciego a la claridad interior de las cosas, ése presta al lenguaje figurado una precisión que ninguna terminología escolástica puede alcanzar. Es por la razón que las doctrinas alquímicas no han sido despojadas por sus vestiduras tradicionales.

En resumen, las páginas presentes solicitan al lector que hay que sacar de caminos trillados. Ella ofrece, a decir verdad, sólo materiales apenas desbastados, sino posiblemente esto es aquí precisamente su mérito.

Porque lo importante no es en absoluto presentarles a los hombres la verdad en su quintaesencia más pura, sino muchos abastecerles de alimentos de los que ellos mismos puedan extraerlo.

Qué cada uno quiera pues intentar bien el esfuerzo indispensable para la inteligencia de las concepciones que sólo han sido esbozados aquí sumariamente. Interesan con el mismo título al médico, el filósofo y simple curioso ávido de misterios.

Pero preferentemente, este libro debe quedar dedicado al hombre de corazón, cuidadoso de disponer en favor de otro de un agente terapéutico que ellos todos tienen como nosotros literalmente "bajo la mano".

El autor no aspira sólo a ser útil y no retener nada para él fruto de sus estudios.

O.W.

París, el 5 de abril de 1895

**LA IMPOSICIÓN DE LAS MANOS
Y LOS PROCEDIMIENTOS CURATIVOS QUE SE LO LIGAN**

**PRIMERA PARTE
PRÁCTICA**

CAPÍTULO PRIMERO

LA MEDICINA INSTINTIVA

La intuición. Los Orígenes del arte de curarse. Concepciones primitivas. La fuerza vital transmisible de una persona a otra. El psichurgio. Su futuro.

Cuando la leyenda les atribuye a nuestros primeros padres el conocimiento espontáneo de toda cosa, se refiere sin duda a las prerrogativas de las que goza la inteligencia en el estado naciente.

A la salida de la ignorancia absoluta, el espíritu humano no sufre el yugo de ningún perjuicio, de ninguna idea preconcebida. Su independencia es perfeccionada y nada lo impide orientarse libremente hacia la Verdad.

Ésta actúa las inteligencias vírgenes como un imán poderoso: los atrae y las sumerge en un éxtasis que les permite contemplar la luz espiritual en su brillo más puro. Es lo que la Escritura directamente llama a conversar con Dios.

Esto quiere decir que en su ingenuidad original el hombre intuitivo naturalmente es profeta o que ve. Adivina justo: en lugar de razonar, sueña, y sus visiones valoran el genio.

Pero esta revelación primordial pide ser formulada. Es allí el escollo, porque el extático dispone sólo de imágenes infantiles y groseras. No puede abstenerse de personificar todo. Juzgando al desconocido, él mismo crea divinidades a su semejanza y puebla su imaginación de fantasmas.

Estas quimeras envuelven y asedian su espíritu: son las formas de las que el pensamiento se revistió. Enmascaran la Verdad, que roban a la inteligencia. La Luz primitiva no alcanza más entonces hasta el hombre, que es echado por el Edén: no posee más la vista genial de las cosas, y es a duras penas adquiere en lo sucesivo sus conocimientos. ¡Feliz todavía si un trabajo ingrato le abastece otra cosa que frutos amargos! La tierra que riega sus sudores produce a su intención sólo cardos y espinos.

Nos es posible sin embargo dependernos de la caída. Todo el secreto consiste en soltar costumbres viciosas que nuestra inteligencia contrajo: volvamos a ser semejantes a niños si queremos entrar en el Reino de los cielos. Nuestra primitiva inocencia, la frescura de nuestra primera impresionabilidad pueden reencontrarse, si llegamos a hacer caso omiso de todas las teorías de moda para subir hasta la cuna de nuestros conocimientos diversos. Es allí, es de la fuente inicial de nuestro saber que podemos sacar nociones de una sabiduría pura y profunda.

Sin duda, volviendo así sobre nuestros pasos encontramos sólo las formas, o las cortezas, que constituyen la letra muerta de todas las supersticiones. Pero estos cadáveres, estas momias, nos permiten evocar el pensamiento eternamente vivo que antaño fue encerrado allí. Es en el título que nada debe ser despreciado. Todo nos parece ridículo y falso mientras no comprendemos; pero tan pronto como nuestro espíritu se abre a la comprensión todo se vuelve respetable y verdadero.

Esforcémosnos pues en discernir lo que el hombre quiso decir, mientras que inhábil a expresarse balbuceaban fábulas. Posiblemente encontrémosnos en estas coyunturas instintivas de las nociones útiles de repetir. El espíritu humano no sabría replegarse demasiado sobre él el mismo coche, recorriendo el ciclo de sus extravíos, jamás acerca tanto la Verdad como cuando vuelve a su punto de partida.

Para convencernos de eso basta con figurarse lo que el arte de curar estuvo lógicamente en sus principios. Trasladémosnos a una época cuando todavía no se conocía la botánica ni química. ¿Cómo el hombre se esforzaba entonces por precaverse de los atentados del dolor?

La respuesta nos es surtida por la observación del que pasa cada día alrededor de nosotros.

Considere a este niño cuyo dedo acaba de ser pellizcado o consumido. ¿Que hace? Lo lleva a la boca, y el contacto de sus labios, la tibieza de su aliento o la frescura de su soplo lo alivia.

Otro joven aturdido a recibo un golpe sobre la mano: vivamente aprieta en el sobaco las falanges doloridas y se encuentra bien.

¿Nosotros mismos, no nos aplicamos la mano la frente cuando el dolor de cabeza nos incita allí? ¿Y los dolores intestinales o los calambres de estómago, no nos obligan a recurrir a la acción calmante de nuestras manos?

Estos ejemplos, que se podría multiplicar al infinito, muestran cómo el hombre reacciona espontáneamente contra el dolor. Sin dejarnos el tiempo de la reflexión, nuestra misma mano se lleva toda región del cuerpo vuelta súbitamente sensible. Es allí una ley de actividad puramente refleja o automática, a la cual no sabríamos sustraernos. El instinto, este guía infalible de los seres que no razonan, nos lleva así a buscar en primer lugar en mí mismo el remedio contra el dolor.

¿No es en absoluto allí una indicación preciosa? ¿Por qué tanto buscar aparte de nosotros, mientras que es EN NOSOTROS que brota la fuente de Vida? ¿Las cosas no pasan como si toda parte sana del cuerpo tienda a devolver la salud en otra parte enferma? Los antiguos concibieron alguna duda a este respecto, como lo prueban sus primeras teorías medicales.

Con sus ojos, la enfermedad era una entidad hostil, un espíritu maléfico, un soplo venenoso que se insinúa traidoramente en el organismo. La salud, en cambio, aparecía como una esencia divina normalmente difundida en todos nuestros órganos, y asegura su integridad y el funcionamiento regular. Para echar al demonio, creímos los que bastábamos con poner en contacto con él a su antagonista. Se desencadenaba así una lucha, que se acababa por la victoria de más mucho.

Estas ideas, sugeridas por la práctica de curarse imponiendo las manos, dieron origen a las conjuraciones de la Magia caldea. Los médicos babilónicos redactaban sus ordenanzas sobre ladrillos, que descifran en nuestros días los asiriólogos. No es allí apenas cuestión de remedios físicos; pero los dioses, en estos textos cuneiformes, son apremiados por proteger al enfermo librándolo de sus enemigos invisibles. En nuestra época todavía, los Tártaros atribuyen todas las enfermedades a la influencia de los malos espíritus. Para echarlos, recurren a ceremonias mágicas, totalmente como los salvajes que tienen para médicos de los brujos, entre los que los bailes furibundos y los aullidos frenéticos hacen huir a los diablos instalados en el cuerpo del enfermo.

Estas extravagancias se relacionan muy indirectamente sólo con la Medicina instintiva. Ésta debía conducirle a procedimiento a la vez más simples, más racionales y más eficaces.

Observaremos sin duda que es ventajoso para el enfermo de quedar completamente pasivo y de recurrir a la acción curativa de una mano otra que la Siena. La intervención

de una persona robusta y bien equilibrada aporta un complemento de vitalidad, del que goza inmediatamente un organismo debilitado. Del rico al pobre, se produce como una transfusión equilibrante de las fuerzas vitales que fluyen de ellas mismas hacia los órganos donde la necesidad las llama.

Esta acción puede quedar puramente fisiológica e inconsciente. Se produce espontáneamente, aparte de toda intervención voluntaria, intencional o razonada del operador. Éste, sin embargo, pone en juego toda su fuerza de acción sólo si trata su pensamiento y su voluntad, es decir su alma.

Los sacerdotes-médicos de la antigüedad sabían bajo este informe exaltarse por oraciones y encantamientos, para actuar muy vibrantes de fervor místico. Sus tradiciones pasaron a los Esenios (del siríaco eso, curarse), y a los terapeutas, que llevó a un grado muy alto el arte del psicurgia.

El Evangelio se esforzó por vulgarizar los procedimientos curativos de la medicina natural, enseñando a curarse por la imposición de las manos. Pero nos equivocamos pronto en el carácter de las curaciones operadas por los primeros cristianos. El milagro tenía allí menos parte que él se figuró a las edades de la fe ciega. Para imitar a los apóstoles restituyéndoles a otros la salud, no es indispensable ser santo; sí basta con poseer lo que se quiere dar, y, más tarde, a ser sano.

La salud perfecta del cuerpo supone, es verdadero, una salud correspondiente del alma y del espíritu. Pero todo es relativo: no hay a exigir perfección. Unos son mejor compartidos que otros y los primeros pueden siempre ayudar al segundo. Una compasión sincera a los sufrimientos de otro basta con permitirnos realizar todas las maravillas terapéuticas de los psicurgos.

La medicina instintiva lo queda así a llevado por el número muy grande. Lo mismo que exige sólo un grado muy accesible santidad, no reclama, por otra parte, conocimientos especiales. No es a ella quien obliga a disecar cadáveres, a torturar a animales y a retener cantidad de términos sabios. Sin duda, no requiere como tampoco se queda ignorante por sistema; pero poca sagacidad natural, con mucho ardor generosa y buena voluntad, conducen más lejos en el dominio de psiquiatría que todo lo que se enseña en las escuelas.

Vea a esta madre que aprieta contra su pecho de ella al ser amado amenazado de muerte. ¡En el arranque de su ternura le quiere darle su propia vida y el prodigio se cumple! Hay transmisión de vitalidad y el niño es salvado, mientras que la ciencia lo declaraba perdido. ¡Cuántas veces el amor maternal hizo mentir así el pronóstico de los sabios!

La desgracia, es para que seamos cegados por una educación falsa, que nos desvía en toda cosa de la sencillez natural. No concebimos curación aparte de todo un aparato de bomba charlatanesca. Para captar nuestra confianza hacen falta títulos y diplomas, con prescripción de drogas misteriosas, y sobre todo una nota fuerte que hay que pagar.

Los prejuicios son tenaces. Pero acabaremos por cansarse de remedios artificiales, y haz un esfuerzo será volver tarde o temprano a la Naturaleza que, sólo, se cura. El arte entonces no se atará más que a secundar su obra reparadora y volverá a los primeros datos de la medicina instintiva.

Hasta allí, es necesario desear que los discípulos de Hipócrates se muestren menos pródigos de tóxicos. Podemos curarnos por medios inofensivos: sin proscribir de manera absoluto las medicinas peligrosas conviene pues por lo menos reservarlos como ultimato ratio. La NATURALEZA debería tener el paso sobre los instrumentos y los venenos del ARTE.

¡Cuando la medicina entrará en esta vía reservará un sitio grande para la Psiquiatría, y ninguno soñará más con desprestigiar en ella una ciencia nefasta, explotada por proveedores de la muerte!

CAPITULO II

PRIMEROS ENSAYOS

Una lectura atractiva. Experiencia en el colegio. Comprobaciones repetidas. Al cabo de fluido. Consideraciones impuestas por la adolescencia.

Cuando me pasó que yo hable de magnetismo jamás dejamos de inquirir el modo en el que la idea me vino de allí. Para satisfacer bajo este informe una curiosidad muy legítima, gusto de trasladarme a mi decimocuarto año. Estaba entonces en el colegio en la continuación alemana, entre padres valientes benedictinos que ponían en la disposición de sus alumnos una biblioteca bastante rica. Lo que se decidió llamar el azar me hizo descubrir allí, en una colección periódica, un relato titulado: Der Wunderdoctor, el Doctor de los milagros.

La Sra. que creía en presencia de una obra de imaginación pura estuve sorprendido con encontrar tanta fantasía bajo una pluma germánica. Por parte de un autor francés ninguna invención me hubo parecido demasiado ingeniosa; pero veía alrededor de mí tantos espíritus macizos como yo tenido unas sospechas de la verdad que sirven de trama al relato que me había maravillado. Era cuestión de curas sorprendentes, operadas por una fuerza que nuestros nervios son susceptibles de emitir bajo el impulso de la voluntad.

La teoría misma no me apareció irracional. ¿Por qué los hechos deberían desmentirla? Dando crédito a las reflexiones no tardé en divisar toda una ciencia ignorada de nuestros profesores. En mi calidad de cangrejo de mar incorregible me eché a rumiar algún desquite secreto.

¡Conocer cosas misteriosas que no figuran al programa de nuestras clases, poder demostrarlo sobre ciertos puntos de hombres de ciencia, cual sueña para un alumno perezoso!

¿Pero había un fondo de verdad en la historia de este magnetizador dirigido por el escritor alemán? ¿En ello que pensar en particular en una nota final, indicando sumariamente los procedimientos que hay que poner en ejecución para curarse por el magnetismo? El autor pretendía, por lo demás que el don de los pseudo milagros es los más comunes, y empeñaba a toda persona vigorosa en intentar la experiencia.

Resolví tener el corazón nítido.

La misma tarde, después de un caliente día de junio, conversaba aparte con uno de mis compañeros. Fue distraído, porque un mosquito él había pinchado a la pierna y no dejaba de rascarse.

Esto me hizo soñar con método curativo del que fui preocupado. La ocasión de probarlo. ¡De un aire misterioso le propuse pues a mi amigo curarle por medio de un “secreto!”

Muy intrigado, se puso a mi disposición y me mostró sobre su pantorrilla una pequeña mancha pálida, ampliamente aureolada por rojo. El tonto era insignificante, y para tener razón de allí podíamos contentarnos con ser un brujo muy pequeño. Lleno de seguridad, atacué pues el dolor rozando la piel con las puntas de los dedos de mi mano derecha,

mientras que mi izquierda apretaba la palma de mi compañero, exactamente con grado de fuerza requerido para provocar en mi brazo una contracción ligera y nerviosa. Estábamos a rodilla sobre el césped, uno frente a otro.

La consigna era mirarse fijamente en los ojos, con la voluntad firme de una parte ser curado, y otra actuar en taumaturgo.

Al cabo de dos minutos, este manejo inocente fue interrumpido. Mi amigo pretendía no sentir nada más. Creí primero que intentaba de mí mistificar.

Podía ser, por otra parte, sólo una intermitencia fortuita. Pero mi compañero no lo entendía así. Había sentido algo anormal pasar en él; mi "secreto" completamente había producido su efecto. "¡Y la prueba, dice, he aquí!"

Diciendo esto, me hizo examinar el cuadro de irritación, que efectivamente, no presentaba más de todo el mismo aspecto. No subsistía más que poco color rojo uniforme; en cuanto a la pequeña ampolla de la piel blanca central, completamente había desaparecido.

De resultas, fui puesto en movimiento. ¿Esto sería verdad? ¿Habría pues una realidad en estas cosas escondidas, muy de otros modos interesantes que aquellas quiénes nos inculcan a gran refuerzo de amenazas y de castigos? ¡Oh! ¡Mis maestros excelentes, si es una ciencia que usted no conoce, es aquella que me aplicaré! Saber lo que todo el mundo sabe, esto no es estupendo. ¡Pero el desconocido, el misterioso, cuales atractivos para una imaginación viva!

Todo esto era muy bello; ¿pero no era engañado de alguna ilusión? ¿Conseguiría solamente repetir la experiencia?

Tardaba en mí en ser fijado sobre este sujeto. ¡Si había entre los alumnos como un poco de cojo! ... Pero exactamente, he aquí de nuestros compañeros que tiene la mano vendada.

En el curso de un paseo, coleccionando coleópteros, rozó con ortigas y la sensación de quemadura quedó bastante viva.

Ofrezco mis servicios, que son aceptados, y obro como la primera vez, con mismo éxito.

Más duda en lo sucesivo: ¡soy brujo! Saco provecho de eso para disipar dolores de cabeza, los dolores de dientes y toda una serie de pequeños malestares.

Cada vez el resultado debía ser obtenido en dos o tres minutos; en caso de fracaso, no soñaba con empezar de nuevo: me hacían falta curaciones instantáneas.

Podía así tener razón sólo de desórdenes absolutamente superficiales; tanto o poco profundos resistían a mi procedimiento. Fue, con los ojos, el indicio de un agotamiento de mi reserva fluídica.

Había gastado mi fuerza: había que dejar a la pila el tiempo de encargarse de nuevo.

Luego atravesaba una fase de crecimiento que no debía apenas ser propicia a los ejercicios de gimnasia nerviosa. El organismo debe terminar de construirse, antes de poder disponer sin inconvenientes de sus energías latentes. Buen grado, mal grado, debí así resignarme a dar largas al ejercicio de mi poder oculto. Pero el grano fue sembrado; me quedaba una convicción: la realidad del magnetismo

CAPITULO III

MIS INICIADORES

Las aventuras de Cagliostro. Baron du Potet. Adolphe Didier. El aura magnética. Las ventajas de la sensibilidad. El vegetarianismo. El ayuno.

Siendo dado mis disposiciones de ánimo, concebimos todo el interés que debí tomar a ciertas lecturas. José Balsamo debía sobre todo impresionarme. Pero la novela de Alejandro Dumas me sugirió ideas bastante descabelladas.

Me hizo contemplar el don de curarse como transmisible por vía de investidura oculta. Me figuraba que era imposible hacerse magnetizador por sí hasta sin hacerse iniciar por un adepto.

Imaginaba una suerte de sacerdocio que se perpetuaba por medio de una consagración especial, por el efecto de una suerte de sacramento mágico.

Estas concepciones poco racionalistas pronto fueron confinadas en el dominio de las fantasmagorías infantiles.

Hecho espíritu fuerte, no quise más ver en el magnetismo que un agente esencialmente natural, del que cada uno puede hacer aplicación con tal que conozca las leyes.

Era importante pues instruirme cerca de dueños experimentados: era allí toda la iniciación a la cual podía aspirar.

Entonces, encontrándome en París hacia el fin de 1879, fui informado sobre la fundación de una sociedad magnetotérapica, bajo la presidencia de Baron du Potet.

Me hice inscribir, prometiéndome seguir con asiduidad de las sesiones que se miraban como altamente instructivas. Pero ya súbitamente yo tener que irse a Inglaterra.

Me fue un contratiempo amargo, porque el poco del que acababa de enterarme había pinchado al más vivo mi curiosidad ardiente. No mordemos el fruto del árbol de las ciencias misteriosas sin perder todo descanso y arder en lo sucesivo de la sed del desconocido.

Desde mi llegada a Londres me puse en busca de un magnetizador, y me hicieron saber a Adolphe Didier, el hermano del famoso Alexis, célebre bajo el segundo imperio por su lucidez somnambúlica.

Adolphe parecía tener de familia una organización sensitiva de extremo delicadeza. Llegaba a percibir al tacto la atmósfera magnética de la que los objetos son rodeados. Didier se prestaba, en efecto, a la experiencia siguiente:

En ausencia del sensitivo, escogíamos sobre los secciones de una biblioteca un libro, que teníamos un instante con la intención de magnetizarlo. Luego habiendo repuesto el volumen e introducido a Didier, veíamos éste cerrar los ojos y lentamente pasear la mano delante de los libros, sin tocarlos.

El volumen magnetizado fue reconocido así sin vacilación.

Didier había basado en su sensibilidad un método especial de auscultación. Paseando su mano delante de los diferentes órganos de un enfermo percibía las anomalías del brillo vital, y llegaba así a una diagnosis, que declaraba infalible en cuanto a la acción magnética ejercer.

Ésta se adaptaba rigurosamente a las exigencias variables de cada caso particular. Didier no se contentaba con acumular brutalmente alrededor de un enfermo de la electricidad vital a alta tensión. Su procedimiento pretendía compensar juiciosamente las pérdidas del organismo, y no tenía nada arbitrario o de violento. La Naturaleza guía al que sabe sentir.

El operador debe pues desarrollar su sensibilidad, con el fin de actuar con este discernimiento sagaz, que le permite cubrir las necesidades exactamente del enfermo.

Yo no tener apenas con Didier que un solo entretenimiento, pero basta con darme a entender todo el valor de sus principios. Después, no dejé de ingeniar en darlos cumplimiento.

Para abordar con éxito la práctica de la medicina natural es importante no actuar ciegamente. La Naturaleza pide ser secundada con docilidad, y es con el fin de ser en condiciones de asociarse escrupulosamente con sus empresas que es ventajoso adquirir sentidos más refinados.

¿Pero por cuál entrenamiento nuestras percepciones pueden ser llevadas a un grado más alto de agudeza?

Había pensado alabar bajo este informe las ventajas del régimen vegetariano. Sus partidarios afirman que ejerce una influencia equilibrante sobre el sistema nervioso suprimiendo toda excitación facticia. La carne está con sus ojos un excitante, que momentáneamente exalta la motricidad a costa de la delicadeza sensitiva.

Prácticamente quise darme cuenta del valor de estas teorías. Cuidando de algunas transiciones llegué a acostumbrarme muy rápidamente al régimen exclusivo de los frutos, las verduras y del producto lácteo. Quedó de eso en primer lugar para mí una igualdad mucho más grande de humor: me encontré curado toda irritabilidad, toda impaciencia; cólera, tristeza, ansiedad habían huido.

Despreocupado alegría me mostraba todo en bello: acababa de adquirir un temperamento a la vez de artista y de filósofo. Las armonías de la naturaleza o de las obras de arte me proporcionaban un goce exquisito. El espíritu, por otra parte, parecía haber tomado más influencia sobre el cuerpo, absolutamente como si, elevándome por encima de la animalidad, me hubiera hecho más hombre.

Estas comprobaciones me aparecieron justificar la disciplina de Pitágoras (sabemos que este filósofo les prescribía a sus discípulos una dieta destinada a favorecer el vuelo del pensamiento y la lucidez del juicio); pero mi ambición todavía no fue satisfecha. El ayuno desempeñó un papel importante que importaba en el antiguo psicurgia: había que pues probarlo. Me eché a racionarme progresivamente, y vine de allí para poder contentarme con un fruto con algunas rebanadas de pan por veinticuatro horas. Durante diez días pude así proseguir el curso acostumbrado de mis actividades, sin sufrir hambre. Por la mañana y por la tarde tenía que hacer un trayecto de una legua; entonces, aunque privado de toda energía muscular marchaba sin cansancio, como si no hubiera pesado nada. Mi pensamiento era muy activo, pero le costaba de hablar: fui llevado al sueño y a la contemplación.

Las experiencias semejantes pueden ser excelentes hasta el punto de vista de la flexibilidad del sistema nervioso, pero no hay que engañar de eso. Esto no es sin alguna razón que mi cerco se alarmó. Me hicieron las amonestaciones más prudentes para comprometerme en vivir como todo el mundo; pero apenas estuve dispuesto a rendirme a los argumentos de la lógica corriente.

CAPITULO IV

PRINCIPIOS PRÁCTICOS

El regimiento. Curaciones de cuartel. Primera cura importante. Un tumor maligno. Éxito inesperado. Hemorragias derivatrices.

Mis excentricidades británicas se acabaron con mi salida para el servicio militar. Al cuartel yo mismo debí renunciar a las especulaciones transcendentales y a las

experiencias hechas. En cambio, debía encontrar allí la ocasión, desde los primeros días, de hacerle una pausa en taumaturgo.

Uno de los hombres de mi dormitorio sufría de un dolor de muelas violento. Ofrecí para curarlo y se apresuró a aceptar.

Mientras que yo hacía pasos magnéticos a lo largo de la mandíbula, sin contacto, la asistencia, que formaba círculo, se echó a reír de lo que tomaba por una farsa de Parisino. El paciente mismo participaba en la hilaridad general. Debió hacer un esfuerzo para recogerse cuando, al cabo de algunos minutos, me interrumpí para informarme sobre sus sensaciones.

Lo vivimos entonces palpase la mejilla con aturdimiento. Fue la señal de un redoblamiento de bromas.

Pero mi soldado se había vuelto serio y es con un acento profundamente convencido que exclamó de repente: “¡Vos tenéis como bella risa! ... ¡Lo más gracioso, es que no tengo pena más!”

Esta sorpresa me hizo inmediatamente considerar como "un tipo separado". Mi delgadez excesiva y mi fisonomía energética contribuyeron impresionando a mis nuevos compañeros.

Consideraron en mí dotado de alguna fuerza sobrenatural. Sacando provecho de mi prestigio pasaba la tarde por las habitaciones para magnetizar a los enfermos. Cada vez obtenía por lo menos un alivio notable. Pronto mi reputación fue tan bien establecida que se habituó a la compañía de enviarme totalmente a los que se quejaban del el menor malestar. Era entonces siempre la misma canción muy oída:

“¡Va a encontrar el brujo de la primera escuadra, te quitará esto como con la mano”!

Sin embargo, no quedamos mucho tiempo profeta a los ojos de los que le ven de exceso cerca. A recuperaciones diversas fui engañado de enfermos falsos, que procuraban sólo divertirse a mis costas.

Otros, lejos de querer ser curados me habrían pedido agravar más bien su estado, con el fin de ser reconocidos más seguramente el día siguiente pasando la visita.

Todo esto no era de naturaleza que me anima, y había renunciado poco a poco a magnetizar en condiciones tan lastimosas.

Había venido de allí para perder de vista momentáneamente el magnetismo cuando, paseándome sólo una tarde a los accesos de la ciudad, fui apiadado por un joven chico que, puesto en cuclillas delante de una casucha, no dejaba de gemir.

Sufría de un tumor articular de la rodilla. El dolor, ya muy antiguo, había resistido a tratamientos largos sufridos en hospitales diversos. A pesar de los cuidados más alumbrados, el estado del desgraciado iba empeorándose. Estaba bajo el golpe de una crisis violenta que lo privaba de sueño desde hace tres días.

Este último detalle me hizo concebir unas esperanzas en la eficacia de mi intervención. Me hubo parecido presuntuoso de contar con una curación allí o las eminencias medicas habían confesado su impotencia; pero consideré posible aplacar transitoriamente el dolor y proporcionar uno descanso.

Los padres se apresuraron a aceptar las ofertas que hice en este sentido.

En presencia de un caso tan grave consideré necesario desplegar una energía vehemente. Concentraba pues toda mi voluntad para ejecutar los primeros pasos a lo largo de la pierna enferma. En seguida el paciente se echó a gritar, y sin embargo no le tocaba.

Esta prueba de sensibilidad me dio a entender mi error. Había atacado el dolor con una suerte de frenesí, mientras que sea importante comenzar siempre con dulzura, con riesgo de intervenir gradualmente con todo el vigor del que se es capaz.

(Los principiantes faltan de confianza en mismos; todavía no saben que los resultados más considerables pueden ser debidos a medios que parecen insignificantes. La calma indiferente y la perfecta serenidad de alma son para el magnetizador los elementos más preciosos de fuerza. Esto tan es verdad que basta a veces con considerarse una fuerza extraordinaria para poseerla en realidad. Tendríamos la culpa de denegar toda eficacia curativa los "secretos" que se transmiten con misterio los campesinos. Individuos, a quienes se inculca la convicción que adquirieron poderes mágicos, son permitidos cumplir hechos de efectiva taumaturgia. Ciertas ceremonias burlescas mismas, no son siempre inofensivas o ingenuamente ridículas.)

La sesión fue muy corta. Los dolores agudos, que había provocado, obligaron a la enferma a acostarse.

El día siguiente, me supieron que mejor sensible había sobrevenido después de mi salida. La noche había sido tranquila; pero el sueño completo fue obtenido sólo en consecuencia de la segunda sesión.

Concebimos mi entusiasmo en presencia de este resultado. Cada tarde acudía magnetizar a mi joven incapacitado, cuyos dolores fueron calmados rápidamente. Parecía renacer una nueva vida. Sus fuerzas volvieron; su aspecto enfurruñado, su humor huraño hicieron sitio a un aire tan regocijado como no era reconocible más.

La salud general fue restablecida así en el espacio de ocho días. Pudimos comprobar luego una resorción progresiva del tumor, al mismo tiempo que las hemorragias nasales que sobrevienen a intervalos regulares. No hicimos nada para detener estas hemorragias nasales que, lejos de debilitar al convaleciente, le proporcionaban cada vez una sensación de bienestar. Por otra parte, jamás había gozado de un apetito tan excelente. El magnetismo aceleraba todas las funciones orgánicas y estimulaba en particular los cambios nutritivos. La sangre fue renovada así y las hemorragias tuvieron sin duda para papel de eliminar los elementos mórbidos. No cesaron que con restablecimiento perfecto, al cabo de cerca de dos meses.

El tumor no dejó rastros y el joven hombre, aunque quedando pobre de temperamento, no tuvo que quejarse más de su rodilla.

CAPÍTULO V

LOS ENFERMOS

La receptividad magnética. Sus grados. La polaridad. Paciencia, simpatía, confianza. La acumulación insensible de las fuerzas transmitidas. La virtud curativa que se siente sacar de sí.

Mientras había obtenido en magnetismo sólo los resultados insignificantes, no me había considerado capaz de curas importantes. También, cuando me vi apto para prestar servicios inesperados, yo ser consciente de deberes nuevos que me incumbían.

Se trataba para mí de sacar partido de mis facultades, con el fin de aplicarlas sobre el alivio del número más grande y posible de enfermos. En este fin me puse en relación con personas diversas de la ciudad, a las que se me señaló como si interesando por el magnetismo. Me hicieron así saber a enfermos cuyo tratamiento yo emprendió.

Mejor sensible y definitivo sobrevenía bastante a menudo; pero el éxito era lejos de responder siempre a mis esperanzas. A veces, el mejoramiento sólo era momentáneo y como ilusorio. Otras veces los progresos se hacían esperar, y los ciertos mismos enfermos parecían radicalmente refractarios a toda acción.

Estos últimos aparecieron en mí como naturalezas cerradas, mientras que las personas fácilmente magnetizables me representaron naturalezas abiertas.

Éstas manifestaban una suerte de afinidad magnética: atraían los efluvios vitales, y la corriente se establecía de él hasta del magnetizador al magnetizado. No había a darse de pena: el equilibrio orgánico se restablecía prontamente, y era un placer que de cuidar a enfermos semejantes. Con ellos jamás había a desesperar, hasta en los casos más graves, mientras que se topaba con los menores desórdenes con otras naturalezas.

En magnetismo el éxito me apareció depender, más tarde, mucho menos género de la enfermedad que de la constitución íntima del enfermo. La misma afección será curada en uno y podrá resistir en la otra a todos los esfuerzos del magnetizador.

En cuanto a los signos exteriores que indicarían a primera vista una accesibilidad más o menos grande a la influencia del magnetismo, es en vano les busqué hasta aquí. Todas mis tentativas de sistematización han sido derribadas por los hechos. Personas que me figuraban refractarias se mostraron accesibles y, inversamente, no obtuve nada a veces, mientras que había triunfado por anticipado. El más sabio es pues pronunciarse sólo después de ensayo.

Para explicar las diferencias de accesibilidad a la acción del magnetismo supusimos polaridades contrarias, análogos a las de la electricidad o del imán. Un magnetizador positivo ejercería desde entonces su máximo de influencia sobre un sujeto negativo, su acción que sería rechazada, al contrario, en caso de que el enfermo mismo sería positivo. Le haría falta entonces un operador negativo.

Esta hipótesis no debe ser tomada al pie de la letra. Los sistemas son siempre peligrosos, y esto muy particularmente en magnetismo. Así es como hay, por ejemplo, exageración manifiesta en la teoría de la polaridad humana.

Con sus ojos el lado izquierdo del cuerpo es polarizado en sentido opuesto por el lado derecho, y ambas manos ejercen en magnetismo una acción contraria.

Jamás comprobé nada semejante. Siempre me serví alternativamente de ambas manos, sin observar diferencia en los efectos producidos. Esto me lleva a temer que ciertos experimentadores se hayan hecho las engañadas de condiciones inconscientemente creadas por ellos mismos; porque en el dominio de la sugerencia, el operador provoca lo que imagina. Lo que está seguro, es que idiosincrasias indefinibles juegan en magnetismo un papel preponderante. Sin que se pueda discernir la causa vemos a un magnetizador tener éxito a menudo allí donde otro acaba de ser suspendido.

Conviene, por otra parte, no desanimarse demasiado rápidamente cuando los efectos se hacen esperar. A veces se manifiestan sólo a la larga, después de semanas o hasta meses de preparación sorda.

Mejor sobreviene entonces precipitadamente.

Lo esencial, es para que no hubiera entre magnetizador y enfermo ninguna antipatía. Éste debe poder entregarse a la acción sin temor ni restricción. No es indispensable que tuviera fe en el tratamiento, sino no debe mostrarse a eso sistemáticamente hostil, también, debe tener confianza plena en la sinceridad del magnetizador.

Esto es necesario sobre todo cuando los progresos exigen una incubación de aliento largo. Le incumbe entonces al magnetizador hacer tener paciencia a los enfermos que reclaman curaciones súbitas. Lo que pasa en él en el curso de las sesiones debe hacerle reconocer si ejerce, sí o no, una acción efectiva. Somos generalmente advertidos por una sensación particular de toda sustracción de fuerza nerviosa y somos su objeto. Es un indicio cierto que no se opera inútilmente. El resultado final entonces es tanto más satisfactorio como se hizo esperar más largamente.

Es bueno recordar en cuanto a esta sensación particular, el pasaje que sigue del capítulo V de San Marcos.

*“Ahora, una mujer, que tenía una hemorragia desde hace doce años, y que había sufrido mucho en las manos de varios médicos, y había gastado todo su bien, sin haber aprovechado nada, pero más bien había venido empeorándose, habiendo oído hablar de Jesús, vino en la muchedumbre por detrás, y tocó su ropa. Porque decía: si toco solamente sus ropas, seré curada. “Y en este momento la hemorragia se paró; y ella **sentido** en su cuerpo que fue curada su flagelo.*

“Y en seguida Jesús sí, reconociendo la virtud que había salido de él, se volvió hacia la muchedumbre, diciendo: ¿quién tocó mis ropas?

“Y sus discípulos le dijeron: ves que la muchedumbre te aprieta, y dices: ¿quién me tocó?

“Pero miraba por todos lados, para ver el que había hecho esto.

“Entonces la mujer, embargada de temor y toda tembladera, sabiendo lo que había sido hecho en su persona, vino y se echó a sus pies, y le declaró toda la verdad.

“Y le dice: mi hija, tu fe te salvó; vete de aquí en paz, y sé curada tu flagelo.”

CAPITULO VI

EL SUEÑO PROVOCADO

Un cabo magnetizado por autoridad. Adormecido súbitamente. Accidente. Letargo. Despertar. La brujería. Sueño sólo con curar.

Los cuidados consagrados a los enfermos de la ciudad me habían hecho descuidar a mi primera clientela militar.

Una tarde sin embargo, yo fue hecho magnetizar un cabo - a contable que pretextaba un cansancio de los ojos para interrumpir su trabajo.

No tenía ganas de someterse a mis prácticas. Después de haber puesto en duda su eficacia, les supuso un carácter diabólico, o por lo menos peligroso. Yo costar un poco de calmarlo sin llegar a convencerlo. Cedió sólo a la presión del furriel, que lo apremió o por dejarse magnetizar o de poner al día inmediatamente sus escrituras.

La Sra. he aquí pues que opera. Comienzo por tener las manos del paciente que había hecho sentar frente a mí, a caballo sobre un banco. Esta postura simple en informe provoca a veces una sensación ligera de hormigueo en los brazos. El cabo que no experimentaba nada semejante creí que yo encontré en él un sujeto de primera sensibilidad.

Provocando alguna sensación anormal quería sin embargo persuadirlo, él y sus asistentes, de la realidad del magnetismo.

En este fin dirijo la acción de una de mis manos sobre los ojos, pensando hacer sentir allí algo. Pero el sujeto, continuando no experimentando nada, toma nota de este fracaso a favor de su escepticismo, que la asistencia se muestra dispuesta a compartir.

Esto me contraria y me excita a proyectar toda mi fuerza nerviosa sobre los párpados del cabo, a los que había recomendado cerrar un instante los ojos.

Desde una veintena de segundos mantenía así mis diez dedos febrilmente asestados, cuando vi el sujeto levantarse. Creí que, no sintiendo decididamente nada, quería sustraerse a lo que consideraba como un chiste.

Así como tenía la cara en la sombra, no observé que levantándose el cabo conservaba los ojos cerrados. Grande fue pues mi sorpresa cuando, apenas levantado, lo vi tropezar para caer pesadamente sobre el suelo.

Cada uno entonces se precipita en socorro al desgraciado que queda mostrado, absolutamente inmóvil. En su caída había chocado un recipiente lleno de crema para el

calzado. Inerte, la cara embadurnada a negro y a sangre, el cabo presentaba un espectáculo sorprendente.

Los escribas de la oficina perdieron la cabeza. Esta vez estuvieron convencidos de la realidad del magnetismo. Pálidos como muertos, uno quedaban petrificados, otros quisieron correr para buscar al médico - mayor. Afortunadamente el cabo los retuvo, luego al que ayudaba mí a levantar al herido, hizo airear y aportar agua. La cara del cabo, siempre desvanecida, cuidadosamente fue lavada. Echaba sangre por las narices pero la lesión no tenía ninguna gravedad. Sin embargo, a pesar del agua fría y los cuidados ordinarios, el letargo persistía. La fisonomía del sujeto era muy tranquilizadora por otra parte: expresaba la despreocupación más perfecta, y lo habría dejado dormir, sin la inquietud de los asistentes.

Algunos pasos transversales enérgicos trajeron rápidamente el despertar.

El cabo abre entonces los ojos asombrados; ¡luego aspira y pregunta qué le dio un puñetazo en la nariz!

El espanto general impide risa de esta cuestión inesperada. Contamos lo que pasó. Pero la víctima del accidente quiere ver en este relato que una historia “a dormir de pie”. “No es la pena, dice procurar hacerme creerme engañar. Sé muy bien que tuve sólo un segundo de deslumbramiento, y que abrí los ojos inmediatamente después haberlos cerrado”. Que le aparecía lo más inexplicable, era ser sentado más en el mismo sentido en el banco.

Cuando luego el cabo fue obligado a ver las cosas como son, me hice para él un objeto de terror. No había que soñar con proponerle una nueva experiencia. Estaba con sus ojos un agente del infierno y es con satisfacción que me hubo visto quemar como brujo.

La moral de la aventura, es que estrictamente hay que prohibirse obrar para la galería. Cuando se trata de curar, no hay a preocuparse de otra cosa. La propaganda no es el asunto del terapeuta. Poco le importa para que se crea sí o no en el magnetismo. Qué no sueñe sólo con bien del enfermo, sin buscar jamás “tiene hacer sentir algo”. Las puerilidades iguales pueden provocar accidentes, y en todo caso son indignas de un operador que debe actuar sólo en calidad de intérprete y en calidad de ministro de la naturaleza.

CAPITULO VII

OTRO GÉNERO DE SUEÑO

Numerosas experiencias. Sesión mundana. Un abogado prolijo. Manera original de silenciarlo. Adormecido por sorpresa. Papel posible de la sugestión.

El asunto del cabo adormecido causó sensación al cuarto. Nos vimos a atribuirme una fuerza temible. Muchos creyeron que, por un acto simple de voluntad, me era lícito negar al primero que llega. Mis denegaciones para este sujeto me hicieron de allí sólo más sospechoso, también fue un momento cuando no se me acercaba sin aprensión.

Por espíritu de contradicción tanto como por bravata se encontró sin embargo cantidad de individuos que venía para ofrecerse como conejillos de Indias.

El sueño se obtenía con ellos cerca de una vez sobre tres; pero no es en absoluto allí un ensayo general medio, porque el hecho de sufrir la fascinación de lo maravilloso denota alguna predisposición especial.

Además, los fenómenos producidos eran sólo de un interés muy mediocre. Buscaba la lucidez somnambulica, pero obtenía sólo un estado de estopor, con contracciones e insensibilidad.

Uno de mis amigos, hábil para manejar la sugestión, había sido más feliz. Fascinaba muy fácilmente a uno de sus artilleros y le hacía ejecutar las vueltas más sorprendentes. Esto nosotros valido de obrar una tarde en un salón, delante de los invitados de un oficial.

Experiencias muy hábilmente conducidas pronto hubieron maravillado la asistencia. Un abogado al Consejo de guerra entonces se hizo eco del entusiasmo general. Pero su elocuencia se mostró por demasiado inagotable. Hubo que soñar con refrenar su ardor oratorio, y no encontramos nada mejor que de proponerle adormecerlo.

El bello narrador pretendió que esto no sería posible y había querer demostrarle dejando actuar mi amigo. Tuvimos así un momento de tregua; pero a pesar de los pasos y las proyecciones de fluido, el abogado se mantuvo despertado. Esto fue para él un triunfo, del que abusó repitiendo sus peroratas con un redoblamiento de inspiración. ¿Cómo en lo sucesivo detenerlo?

Con el fin de tener éxito, ofrecí, no de provocar el sueño - esto acababa de ser reconocido imposible - pero de hacer probar algún efecto innegable de la acción magnética, quedarse el sujeto en estado lleno de conciencia.

Este modo de entrar en materia presentaba una ventaja doble: calmaba al abogado, cuidando de su amor limpio. Es pues de gracia muy buena que se prestó a este nuevo ensayo. Habiendo establecido el informe por las manos, según mi costumbre, hice algunos pasos en la región del epigastrio. El pecho me pareció entonces atractivo: mis dedos ligeramente se crispaban sobre el trayecto de las vías respiratorias. Era con mis ojos el indicio de una irritación.

Tan pronto como hubo oído mi diagnóstico, incorregible orador se apresuró a confirmarlo disertando con énfasis la bronquitis crónica de la que sufría desde hace muchos años. ¡Era verdaderamente singular para que haya podido descubrir su mal así, por un procedimiento de auscultación que toca al prodigio! ¡Y el alegato de proseguir cada vez más! Obtener el silencio se volvía en lo sucesivo muy difícilmente.

Sin embargo un gran punto fue adquirido. Acababa de ganar la confianza del enfermo. Mis pasos le proporcionaban una sensación de ser bien, a la cual pedía sólo entregarse.

Lo hizo si aunque una somnolencia dulce vino invadirlo poco a poco. Perdiendo entonces su locuacidad, se volvió finalmente silencioso y oímos sólo sus ronquidos rítmicos.

Esta música calurosamente fue aplaudida. ¡Pero el hombre excelente puso la cumbre en la alegría cuando, habiendo siendo despertado, pretendió no haber dormido!

Así como en el caso narrado al capítulo precedente, se trata aquí de un sueño artificial.

Pero de una parte, la acción directamente había sido concentrada en el cerebro: estuvo quedado de eso un sueño instantáneo, profundo y representante todos los caracteres de un disturbio mórbido. La segunda manera de obrar había traído, al contrario, el sueño por grados insensibles: había sobrevenido como cuando se duerme normalmente. No era más una crisis violenta, resultando de unas congestiones nerviosa momentánea, sino bien un descanso reparador, una fase de descanso puramente fisiológico.

Concebimos que estos dos géneros de sueños pertenecen a los antípodas uno del otro. El primero no puede ser quién perjudicial para la salud del sujeto, mientras que el segundo se muestre esencialmente saludable.

En el caso del abogado, conviene observarlo, yo fue preocupado sólo de una acción puramente terapéutica. También siempre he sido intentado atribuir la creación del sueño a los deseos de los asistentes. Después, mientras que magnetizaba en condiciones análogas, sin pretender adormecer, pude ver sujetos caer a estado de hipnosis, porque obraba en presencia de personas curiosas de esta orden de fenómenos.

(Me llegó, en particular, de dormirse profundamente, e inesperado de mi parte, un modelo que se posaba en un estudio de pintor. Magnetizando, soñaba sólo con una intervención exclusivamente curativa; pero las personas que me rodeaban fueron sobreexcitadas por la espera de un espectáculo extraordinario. Es a su acción inconsciente que atribuyo la crisis hipnótica que se declaró súbitamente. Se establece en semejante caso una cadena de voluntades y de deseos. Esta intervención psíquica colectiva puede favorecer o trabar los fenómenos. Abastece la llave de un gran número de hechos juzgados maravillosos, y en particular por parte de los que se producen en las reuniones espiritistas. Para mi parte, mientras me encontré a solas con un sujeto generalmente tuve mucha pena que la adormece y los fracasos; fueron numerosos; en presencia de un público curioso tengo al contrario, casi siempre conseguido.)

Hay sólo la voluntad que actúe un sujeto sensible, y es lo que explica el fracaso de experiencias delicadas, cuando se esfuerza por realizarles delante de un público malévol.

Me pregunté, por fin, si la voluntad de mi amigo no tenía crea alrededor de su sujeto rebelde una suerte de ambiente somnífero. Mientras el abogado opuso de la resistencia nada pasó. Pero, tan pronto como calmado por mí se abandonó, las puertas se encontraron abiertas al sueño que lo asediaba.

CAPITULO VIII

PELIGROS DEL HIPNOTISMO

Un sujeto se rebela. La acumulación de las fuerzas psíquicas. Sus efectos. Una crisis funesta. Regla de prudencia. Responsabilidad.

Jamás hay que jugar con fuerzas que no se conoce; cosa que aparece riesgo muy inocente a veces de tomar por lo trágico al trágico. Qué se le juzgue por la historia siguiente:

Frente al cuartel se abría un pequeño bazar de artículos militares. Encontrábamos allí desde el blanco de polaina hasta el papel de escribir adornado de corazones encendidos, y de otros emblemas de los colores chillones. El establecimiento se doblaba una tienda de ultramarinos vaga y un despacho de bebidas. Atendida por un jorobado, del que la esposa se encargaba más especialmente de servir para beber; era a una viviente alegre a quien se llamaba siempre de otro modo sólo " la jorobada ", con el fin de no decir "la esposa del jorobado".

Inútil añadir que su profesión le prohibía ponerse en modelo de sobriedad.

Había que esperar de su parte los apóstrofes más familiares. También no estuve sorprendido de ninguna manera un día abordándolo, de entenderme interpelado en estos términos: "¡oh, es a usted adormece el mundo! ... Pues bien, querría verle tratar sobre mí. ¡Pero tengo los nervios sólidos y estoy seguro por anticipado que vos no conseguirá!"

Así como era lejos de pretender adormecer a cualquiera, sobre todo en el primer momento, me negaba a aceptar un desafío; pero, en cambio, me declaré preparado para satisfacer la curiosidad de mi interlocutor.

Éste tuvo prisa por tomarme al premio, porque debía desde el día siguiente dejar para varios meses la guarnición. Me hizo pasar en su trastienda, y allí yo recurrir verdaderamente a los procedimientos los más variados para provocar el sueño. La guadaña jorobada pretendió no probar nada. Lo declaraba sobre tono de fanfarronada que habría debido despertar mis sospechas. Pero soñaba sólo con "cargarlo" con toda la

energía de la que era capaz, y cuando, a pesar de eso, nada se produjo, yo renunciaba a la empresa.

Orgulloso de no haber podido ser empezado, el jorobado se echó entonces a cantar victoria: “¡se lo había dicho bien! ¡Soy un duro - a cocerse! ¡Tengo nervios tanto como vos, lo sabíais bien!” Luego quiso hacer las cosas y me ofreció un pequeño vaso de lo que tenía de menos adulterado. Luego volvía al cuarto sin la menor desconfianza.

Cuando, después de una ausencia prolongada, pensé hablar de nuevo del jorobado, esto fue para enterarse de su muerte. Una afección de pecho se lo había llevado tres meses después de mi salida.

Pero una recepción poco graciosa me esperaba al bazar de la jorobada. A la primera compra que me puso en su presencia, la viuda me fijó de un aire feroz. Luego su cólera estalló: “¡oh, le maldije bien desde la última vez que le vi!”

Y así como quedaba desconcertado, sin llegar a comprender en qué podía haber ofendido a esta mujer pobre, prosiguió sobre tono menos agresivo: “¿se acuerda del día en que **vos** tratáis de adormecer a mi marido?”

Totalmente había perdido de vista este hecho, pero entonces la memoria me volvió.

“¡Pues bien, perseguido el jorobado, **vos** apenas habíais atravesado la calle que mi pobre hombre cayó como fulminado! Me ayudaron a transportarlo sobre su cama. Allí, se echó a divagar, agobiándome de injurias, luego durmió durante las tres horas. A su despertar, le critiqué el modo en el que me había tratado, pero no se acordaba de nada. A partir de este momento, el desgraciado no le tuvo más la cabeza: quedó golpeado, no razonando más y entregándose a extravagancias, hasta el día cuando lo perdí.”

“Veía bien, añadió viendo mi aire abrumado, que **vos** no teníais malas intenciones; pero se lo quise bien, a **vos** y a su diabluras, y de mi vida no podré perdonarle.”

Pasé una noche muy mala en consecuencia de esta revelación inesperada. Resultaban unas informaciones tomadas que era mucha tisis que había muerto el jorobado. No me reprochaba menos mi imprudencia. Jamás debemos dejar un sujeto sin soltarlo, al mismo tiempo que nada aparente se produjo.

(Los efectos de una acción psíquica son instantáneos sólo por excepción. En magnetismo curativo, no obtenemos comúnmente ningún resultado inmediato, sino provocamos o sea un mejoramiento gradual insensible, o sea un progreso súbito, pero que viene sólo a su hora. Hay que soltar al fin de cada sesión cuando se hace el hipnotismo, pero esta práctica no tiene razón de estar en consecuencia de una acción puramente curativa.

Era inexcusable de haber faltado a esta regla.

Pero una gran parte de las culpas recaían sobre la víctima. El pseudo jorobado intencionalmente me había engañado. Le había recomendado prestarse de buena fe a la experiencia, es decir quedar pasivo y no oponer ninguna resistencia.

Entonces, es evidente que, por fanfarronada, secretamente había resistido de todas sus fuerzas a mi influencia.

La electricidad nerviosa a la tensión más alta había sido acumulada alrededor de él. Nada se produjo tanto que el sujeto había quedado activo; pero tan pronto como dejó de rechazar lo que tendía a invadirlo, súbitamente fue poseído. Una crisis hipnótica proporcionada a los esfuerzos mostrados, tanta mi parte como la Siena, se declaró en el momento preciso cuando, viéndome partido, el jorobado creyó que él tuvo que nada más temer de mí. La invasión en semejante caso acecha el primer instante de pasividad, luego se manifiesta con fulminante energía.

Una conmoción tan violenta podía sólo ser perniciosa a un ser desequilibrado. Estuvo quedado de eso un estremecimiento cerebral, complicado por el alcohol, pero extrañas las causas que trajeron a la muerte.

Creí mi deber de citar este ejemplo en calidad de advertencia. Pueda inspirar el horror de toda experimentación frívola. Para mi parte, después de serme visto acusado de homicida por imprudencia, definitivamente rompí con las maniobras de los adormecedores. Siempre me inspiraron desde una repugnancia profunda. Hay, además, incompatibilidad entre ellas y la práctica terapéutica. Es lo que será desarrollado al capítulo siguiente.

CAPITULO IX

HIPNOTISMO Y MAGNETISMO

El sueño benéfico, sueño inofensivo y sueño perjudicial. La hipnosis. Su carácter criminal y sus engaños. La acción terapéutica. La elección de un curandero.

El sueño provocado puede presentarse bajo tres aspectos esencialmente diferentes. Cuando sobreviene sin ser especialmente buscado, en consecuencia de una acción puramente curativa, se traduce por una languidez progresiva, con somnolencia más o menos profunda. Es entonces el efecto de una reacción equilibrante del organismo. Es un sueño reparador y tónico, difiriendo el sueño normal sólo por la eficacia más grande de su papel fisiológico. El enfermo debe entregarse a eso con toda confianza. Quedará de eso para él sólo un tipo de descanso activo, extremadamente favorable para el restablecimiento de las funciones orgánicas perturbadas.

Un sueño de una otra naturaleza es obtenido por el magnetizador que adormece un sujeto lúcido. Éste es sumergido en un estado de embriaguez nerviosa que exalta las facultades imaginativas. Somos entonces en presencia de un ser que goza de la más exquisita sensibilidad y apta, por este hecho, para percibir lo que escapa de nuestros medios ordinarios de conocimiento.

Este mismo género de sueño no tiene nada perjudicial a la salud, sobre todo si se ocupa de no provocarlo demasiado a menudo y que su duración no sea exagerada.

No es de allí también de la hipnosis, que se provoca paralizando ciertos centros nerviosos. Es allí un género de sueño distintamente pernicioso, que tiende a estropear en sus facultades mentales de los seres ya destinados por alguna tara cerebral.

(Se trata aquí del " gran hipnotismo " de la Escuela del Salitral. En Nancy, el doctor Liébeault siempre procedió con dulzura. Sus métodos de psicoterapia son aplicados sobre París por el Instituto Psycho Physiologique, cuya fundación es debida al doctor Edgar Berillon.

Estimamos, en nuestros días que aunque a los pintores y a los poetas les es lícito a los inquisidores de la ciencia de atreverse todo. Los sabios pueden pues, a su grado, manejar el hipnotismo como un instrumento de vivisección humana: hay que dejarles la responsabilidad. Pero un hombre de corazón siempre verá en las láminas del bisturí y los culos de vaso del gritón sólo juguetes peligrosos, a confinar en el arsenal de lo que se llamaba antaño la Magia negra.

Toda práctica maléfica se vuelve, por otra parte, de buena gana contra su autor. Así es como la hipnosis, descomponiendo el sujeto, no se queda sin alcanzar al operador mismo en su inteligencia y su sentido común. Los sabios graves totalmente perdieron la cabeza al contacto de naturalezas flotantes, y refinaban su astucia depravada. Los vimos los que edificábamos sistemas laboriosos, sobre las indicaciones fallaces de individuos llevados a todos los engaños. Porque todo se vuelve terriblemente afortunado, en un dominio donde las trampas más pérfidas continuamente son tendidas por la sugerencia mental y el ideóplastia.

(No sabríamos desafiarnos demasiado de sujetos hipnóticos, sobre todo de los que nos imaginamos haber hecho totalmente su cosa. Cuanto más tenemos poder sobre un ser, y más le tiene bajo su influencia oculta. Los que abusan de su influencia fatalmente son castigados, debido a una ley de equilibrio y de reversibilidad que representa por excelencia la justicia (Arcano VIII del Tarot)

Lo que precede debe hacer medir el abismo que separa el hipnotismo de la práctica de los terapeutas.

De un lado, algún valor por parte del operador, que violenta la naturaleza para imponer su capricho individual tiranizando a otro, sin respeto al carácter sagrado de la personalidad humana. Del otro encontramos sólo a un hombre caritativo, que da su propia vida para socorrer a su semejante. No es cuestión para él de dar pruebas de su fuerza y de golpear las imaginaciones por prodigios inesperados: el terapeuta es el servidor fiel, el humilde discípulo de la naturaleza. Le obedece, con el fin de sacarle a la fuente de toda vida la fuerza que salva, repara y se cura. Es un sacerdote con sentido más alto de la palabra: cumple augusto misión, que impone deberes de piedad pura y humanitaria.

Este curandero incomparable no se desvivirá en frases. Las elegancias mundanas siempre no habrán pulido en él grosero de tono y de una manera, pero no hay que pararse a estas partes exteriores ingratos: ¡que importa para que el sobre sea duro si contiene tesoros de bondad efectiva, de riqueza de corazón y de voluntad derecha!

Vos sofreís, busca pues a su médico entre los que poseen el poder efectivo de dar la salud. Huya todo lo que siente la publicidad o la empresa industrial. Tema al curandero demasiado sabio y demasiado hábil. Vaya a los más modestos, a los que mismos se ignora, a las almas ingenuas, pero fuertes. Es entre ellas que vos descubriréis a su salvador, su hombre de Dios. Cuando vos lo habrías encontrado, enséñele a imponerse las manos: le curará así con más rapidez y seguridad que el más orgulloso de los doctores.

CAPÍTULO X

EJEMPLO DE CURA

La pasión del magnetismo. Una angustia. Recordatorio a la vida. Sueño lúcido. Crisis saludables.

Cuando se entrega con un modo seguido a la práctica del magnetismo curativo la necesidad de desvivirse acaba por volverse tan imperiosa que se sufre de quedar inactivo. La costumbre crea en esto como una segunda naturaleza: se desarrolla una función fisiológica especial, que quiere ser ejercida en lo sucesivo.

Pude comprobar este hecho después de haber dejado el regimiento. Mis nuevas ocupaciones no me dejaban ninguna libertad; hubo que obligarme a un trabajo que absorbía quién pronto me fue un suplicio.

Es mientras, forzado a fondo, tomé la resolución de entregarme sin reserva a mi pasión por la psiquiatría.

Mis cuidados fueron requeridos en primer lugar con ocasión de un caso desconsolado. Una joven mujer, ya una madre de cuatro niños, había sido agotada por sus embarazos sucesivos y sus lactancia prolongados en medio de las privaciones más duras. Un alimento insuficiente, el frío, el cansancio y las preocupaciones de una miseria negra habían traído disturbios nerviosos, luego esputos de sangre. Completamente aniquilado,

la desgraciada fue reducida al último grado de la astenia. Le quedaba exactamente todavía bastante fuerza para rechazar el alimento que se trataba de hacerle tomar.

Cuando se recurrió a mi intervención la muerte, de la opinión de los médicos, era inminente y fatal. La enferma no sacaba más un estado comatoso que parecía dejar subsistir una luz de vida que en el pulmón izquierdo y el corazón. Corta e irregular, la respiración amenazaba de un momento a otro con interrumpirse.

El espectáculo era punzante. Mi primer movimiento fue retirarme, sin emprender nada; luego me pareció cruel abandonar así a esta agonizante. Salvarla me parecía imposible; pero posiblemente, en esta extremidad, podía atenuar las ansias de la lucha suprema. ¿No una caridad que de ayudar a morir cuándo el término irremisible vino?

Decidido pagarme de una misión tan penosa, dirigí tristemente la punta de mis dedos hacia este pecho preparado que devuelve el último soplo.

Casi en seguida sentí establecerse una corriente, débil primero, luego creciendo poco a poco de intensidad. Se efectuaba por parte de la moribunda una sustracción de fuerza. Me presté a eso pasivamente, porque no había que arriesgar ninguna conmoción, y limitarse a seguir la naturaleza con extremo precaución.

Yo tenía pronto la sorpresa de ver el ritmo respiratorio regularizarse. Muy emocionado, proseguí largamente los pasos, siempre atento a no precipitar nada. El juego de los pulmones tomó entonces más amplitud, luego las líneas de la cara parecieron aflojarse y perder su expresión dolorosa.

Pero no fue todo, después de una hora de magnetización la moribunda se animó. Abrió los ojos y me fijó de una mirada vaga, que se volvió de repente de manera extraña interrogativa. Al mismo tiempo, los labios se agitaron, como para hablar. Interrogada, la enferma respondió por signos débiles de cabeza. Dio a entender así que mi acción le proporcionaba un bienestar poderoso. Me supieron en este momento que la desgraciada había sufrido mucho tiempo del brazo derecho, antes de perder totalmente el uso.

Dirigiendo inmediatamente mis pasos sobre este miembro invité pronto a la enferma que lo mueve un poco. Contaba todo lo más sólo con un desplazamiento muy débil. Pero ya el brazo le fue levantado sin dificultad.

La pobre mujer fue tan conmovida de ello, que la voz le volvió súbitamente. Tuvo la fuerza de decirme en una voz bastante distinta: “¡vos vais a salvarme, lo siento! Dios le envió para esto. No podía abandonarme: ¡le rogué que no se me deje morir tanto a causa de mis niños!”

La exaltación de la enferma se hizo tal, que hubo que calmarla, con el fin de impedirle gastar en palabras la fuerza que comenzaba a repetir.

Las sesiones fueron proseguidas cinco días consecutivos, y prolongadas a veces más allá de las dos horas. Los progresos realizados permitieron entonces a la enferma levantarse momentáneamente para instalarse en una butaca. La debilidad quedaba excesiva, pero las funciones proseguían sucesivamente.

En lo sucesivo las magnetizaciones no se efectuaron más que cada dos días, luego fueron espaciadas; pero hubo a sostener una lucha de dieciocho meses para tener razón del dolor.

Estaba en presencia de un sujeto de una sensibilidad excepcional. La asimilación de las fuerzas transmitidas eran tan instantáneos como después de cada sesión la enferma se imaginaba tener que temer algo más; también fácilmente se dejaba llevar a imprudencias que traían recaídas.

La accesibilidad a la influencia del magnetismo se tradujo, además, por una propensión irresistible al sueño. La paciente hizo los primeros esfuerzos para mantenerse despierta, pero, sobre mi recomendación, se entregó a lo que quería producirse. Una influencia

progresivamente invasora misma parecía entonces rechazar a su personalidad conciente; quedaba de eso una angustia penosa, como si haya habido hundirse en un precipicio y en cierto modo morir. Pero, una vez calmado sobre esta sensación particular, el sujeto dejó de alarmarse y se acostumbró a ello fácilmente.

En su sueño, la enferma daba informaciones sobre su estado. Pretendía no padecer de ninguna lesión orgánica grave: todo su mal provenía, según ella sólo de disturbios funcionales. Los pulmones, en únicos, no fueron atacados, eran hasta sumamente sanos, pero eran débiles como paralizados. Habían perdido su elasticidad; también, cuando la sangre vuelta más generosa, vino afluirlo con impetuosidad, el peligro fue grande. La enferma estaba entonces en presa a crisis congestivas, que declaraba indispensables, pero que podía superar sólo gracias al magnetismo.

Estos accesos siempre fueron anunciados por anticipado y podía así estar preparado por ahora precisa de su aparición. La enferma entonces se ahogaba como en el momento de sus primeros esputos de sangre; pero la imposición de las manos y los pases parecían airear y pronto el peligro fue conjurado.

Podemos apreciar, según este ejemplo, el papel capital que la lucidez somnambúlica es susceptible de jugar en el tratamiento de las enfermedades.

Saludó en este caso del sujeto, que llegó a conquistar plenamente la salud, no sin haberme abastecido iniciarme toda una fisiología oculta del sistema nervioso.

Esta cura, tan brillante como inesperada, me dio una gran confianza en mismo y me hizo contemplar el magnetismo como una vocación.

Durante cinco años, me entregué a ello sin reserva. Era entonces en toda la efervescencia de la juventud y mi entusiasmo no me concedió consideración ni descanso. Más tarde, mi celo para la práctica fue templado por el amor creciente de las búsquedas teóricas, y el tiempo puede ser próximo dónde la teoría deberá recibir definitivamente la preferencia.

CAPITULO XI

CRISIS MESMERIANAS Y SONAMBULISMO

Los efectos inesperados de la acción magnética. Saber sufrir. El sueño lúcido. Revelaciones relativas a las enfermedades. Las predicciones. El éxtasis profético.

La medicina ordinaria aplica a veces remedios que momentáneamente agravan el estado del enfermo; lo sacuden y ello conduce a la salud haciéndole atravesar una fase que sería alarmante si no esté prevista.

La aportación súbita de un aumento de vitalidad puede actuar de manera análoga y desencadenar en el organismo una lucha dolorosa. El sufrimiento es entonces el bien; hay que aceptarlo de buena gracia para abreviarlo y reducirla por lo menos.

Rebeliones e impacientes pueden sólo contrariar la revolución saludable que necesita cumplirse.

Pero la calma es difícil de conservar en presencia de una agravación aparente de la enfermedad. Nada sin embargo tiene que temer cuando realmente es el magnetismo que provocó el recrudescimiento. La intensidad de las crisis se proporciona siempre entonces a las fuerzas que han sido asimiladas: jamás corremos peligro de estar en estado de soportar un trastorno orgánico que pretende restablecer la orden turbada. En su solicitud maternal la naturaleza evita las imprudencias. Si supiéramos discernir sus intenciones evitaríamos complicar su tarea, y entre nuestros disturbios funcionales distinguiríamos entre amigos y enemigos del equilibrio normal. Consideramos a veces como una

enfermedad lo que es sólo un esfuerzo intentado por el organismo con vistas al restablecimiento de la salud. Una medicina ciega puede entonces intervenir de manera funesta.

¿Pero cómo llegar a penetrar el secreto de las operaciones de la naturaleza? ¿Podemos ser adivinadores para determinar con certeza las causas finales de nuestras enfermedades?

No querría aquí constituirme el abogado de la adivinación; pero habría ingratitud de mi parte que no dar testimonio a favor de todo aquel de lo que le pude aprender en la escuela de los sujetos lúcidos.

Lo encontré quiénes subían al principio de las enfermedades, y describían sus fases sucesivas con una lógica sorprendente. Al oírlos, el mal absoluto no existiría: todo estado penoso tendría su razón para ser y sobrevendría sólo en nuestro beneficio. Es el optimismo erigido teóricamente medico: la naturaleza sería esencialmente benéfica y el sufrimiento provendría sólo de errores del hombre.

Los enfermos que me abastecieron de revelaciones semejantes eran sobre todo lúcidos para ellos mismos. Describían el interior de su cuerpo como si hagan su propia autopsia. Sus prescripciones con respecto a los cuidados de agarrar y con respecto al régimen de seguir se mostraron siempre muy juiciosas.

En cuanto a los remedios, se remitían invariablemente a plantas. A menudo el sujeto, que ignoraba completamente la botánica, comenzaba por describir el lugar de procedencia del vegetal saludable, que describía luego; luego buscaba el nombre, lo que era la dificultad gruesa.

A veces un nombre latino lograba ser deletreado a duras penas letra por letra, y tenía la sorpresa de encontrarlo en un diccionario como un nombramiento de la planta descrita, cuyas propiedades medicinales concordaban con caso que hay que tratar.

Esta clarividencia, tan notable mientras se trataba del sujeto mismo, perdía su infalibilidad tan pronto como la consulta se aplicaba a una otra persona. Sin embargo, es sobre el tratamiento de las enfermedades que la lucidez somnambulica es aplicada con más éxito.

Otras especialidades de las videntes profesionales exponen a trabacuentas frecuentes. Hay estas sibilas que se destacan en las búsquedas y pueden hacer reencontrar objetos perdidos. Su escollo se encuentra comúnmente en los tesoros escondidos que la imaginación les muestra. Absténgase de emprender registros sobre sus indicaciones, que son sugeridos sólo por sus propios deseos secretos.

Los sujetos sensibles sufren, en efecto, la repercusión de las ideas que se aporta consigo. Esto explica ciertas predicciones cuyos elementos son sacados del ambiente mental del consultor. No son entonces las ideas que sí se tiene presentes al espíritu y que impresionan más vivamente el sujeto, son, al contrario, las memorias que tienen algún motivo para recordarnos. El adivinador percibe de preferencias nuestras ideas más vagas, las que se manifiestan por intuiciones o presentimientos. Es sobre datos semejantes que se trazan las prescripciones.

Ellas todas no son sin valor. Cuando se hace caso omiso de ensueños forjados por toda pieza por la fantasía de los sonámbulos, nos quedamos en presencia de dos géneros de predicciones. Las unas se basan en pronósticos sacados de las intenciones del consultor, o de los proyectos que otras personas pueden formar para su sujeto. Esto son las más frecuentes; se realizan en parte la mayoría de las veces solas. Otras predicciones son de una orden con todo lo diferente. No se obtienen a voluntad, en consecuencia de cuestiones que se pone a un sujeto adormecido. Aquí todo es espontáneo; el vidente tiene precipitadamente una visión que nada parece provocar. Habla de cosas que no se

sueña con pedirle, y se describe a veces en sus menores detalles una escena que se producirá rigurosamente así a vencimiento muy largo.

Estas crisis de profecías son las más raras; pero no plantean menos un problema formidable. Parece que una inteligencia, cuya toda la energía es concentrada en un solo punto, pueda actuar como un tipo de telescopio psíquico. Todo se toma: el futuro es contenido en el pasado, y es sólo su abertura lógica. La duración, por otra parte, es sólo un fenómeno subjetivo: la sucesión que comprobamos sólo es hecho nuestros órganos, porque desde el punto de vista de lo absoluto, todo puede sólo ser simultáneo.

El carácter que trasciende visiones de las que se trata aquí nos aleja mucho de pitonisas que descubre el futuro mediante una retribución honrada. Una de estas adivinatoras había anunciado que sería viuda antes de finales del año. Interrogada más tarde respecto a esta predicción quién no se había realizado, la sibila no fue desconcertada. "¡No murió!, ¡es verdad! Pero me trajeron dos veces a mi marido en tal estado (borracho perdido) ¡como no valía más de aquí!"

Era matemático: un medio-muerto doble equivale a una muerte entera. El oráculo era justo.

CAPITULO XII

UN CASO DE HIDROFOBIA

La rabia y el hipnotismo. Una experiencia de laboratorio. Al pie de la pared. Una dama chiflada. Síntomas rábicos. Veredicto de la Facultad. Tratamiento mesmeriano. Crisis. Curación radical

En una época cuando Charcot y Pastor eran los héroes de día, el Dr. Pinel emprendió búsquedas sobre el hipnotismo aplicado sobre el tratamiento de la rabia.

Después de haber comprobado que el virus rábico actúa como veneno cerebral, propuso hipnotizar a las personas chifladas.

El pequeño hijo del alienista célebre de la Salpêtrière fue más lejos. Supuso una experiencia, la que hizo el relato dramático delante del auditorio acostumbrado de sus conferencias de vulgarización.

Al ser adormecido un sujeto según los procedimientos clásicos, sobre los cuales se extiende con complacencia el conferenciante, le sugerimos que es mordido por un perro rabioso. Los síntomas del mal terrible aparecen entonces sucesivamente. Tan pronto como la espuma babea labios convulsos, lo recogemos con cuidado, para inocular un conejo. Luego, el efecto de las primeras sugerencias que fueron destruidas por otros dirigidos en sentido contrario, el sujeto es progresivamente devuelto su estado normal, si aunque, despertado no tiene ninguna memoria de lo que paso y no sienta el menor malestar. No es ello también del conejo: la pobre bestia se vuelve rabiosa pero de veras y muere, en la estupefacción de los oyentes.

El Dr. Pinel había producido este pequeño apólogo científico sobre tono malicioso que no habría debido engañar a nadie. Le gustaba así adornar la sequedad de sus exposiciones. Entonces, se encontró allí un reportero al acecho de un artículo en sensación. Fue una buena ganga para el escritor, que vendió por las calles en la prensa lo que acababa de oír. El público tomó en serio todo, y pronto el exceso espiritual sabio fue llamado a tratar por el hipnotismo un caso bien caracterizado de rabia.

Se trataba de una dama, entonces de edad de 39 años, que fue mordida, el 8 de enero de 1887, por un perro reconocido rabioso. La mordedura inmediatamente había sido cauterizada al amoniaco. Esta precaución parecía poner al amparo de todo peligro. No

soñamos pues en absoluto con alarmarse de una serie de aturdimientos y de luces que atravesaban los ojos; hasta cuando una constricción persistente vino para tomar por la garganta a esta dama, quiso ver allí que el efecto de un enfriamiento.

Pero ya el agua se hizo el objeto de un horror inexplicable. El sueño fue turbado por pesadillas atroces. Perros aparecían, monstruosos y amenazadores. Luego, estos accesos alucinadores hasta sobrevinieron durante la víspera. El desconcierto cerebral se tradujo además por alternaciones de exaltación, luego de parálisis súbito de la memoria. Cosas olvidadas desde hace tiempo se presentaban al espíritu con la nitidez más grande y, poco después, toda memoria parecía para siempre borrada. Otras veces, la hiperestesia destinaba el sentido de la audición: ruidos ligeros y lejanos entonces fueron percibidos distintamente.

Esta vez la ilusión no era posible más, por lo menos para el cerco de la enferma, que vivamente empeñó ésta en ver M Pasteur. Sin embargo no nos atrevíamos a insistir demasiado, temía golpear el espíritu del interesado, que persistía en no darse cuenta de toda la gravedad de su estado. Las inoculaciones le repugnaban, además, en sumo grado. El método era objeto de una controversia ardiente, y la enferma le oponía prevenciones invencibles.

En estas condiciones, el tratamiento hipnótico del Dr. Pinel apareció como una tabla de salvación verdadera. No levantaba ninguna objeción, ser familiarizada desde hace tiempo la enferma con magnetismo y el mismo practicante la adivinación en calidad de sujeto lúcido.

Sin vacilar escribimos pues al Dr. Pinel. Pero éste, poco satisfecho del ruido intempestivo hecho alrededor de su relato imprudente, y que temía alguna trampa, me envió a las informaciones. Sometió luego a la enferma a un examen minucioso.

Desde el punto de vista de la medicina oficial, no había nada más que haya que hacer. Las inoculaciones no podían ser prescritas más: habíamos esperado demasiado.

Por otra parte, en estas condiciones agudas del sujeto habrían presentado sólo inconvenientes. Mejor valía volverse sobre el hipnotismo. Sugerencias tranquilizadoras contribuirían a retrasar un desenlace fatal. ¿Y quién sabe? ... Había que contar con las sorpresas, con una de estas reacciones del sistema nervioso que desvían toda previsión. “¡Por fin, me dice en materia de conclusión el Dr. Pinel, vaya allá en ángulo recto! Hechas lo que vos podrías, vos tenéis carta blanca: ¡para mí, la mujer es francamente lenta!”

Libre así de intervenir según mis medios de acción, yo emprendí, a partir del 22 de marzo de 1887, una serie de magnetizaciones.

Subrayo la palabra, porque descuidando los procedimientos del hipnotismo y en particular la sugestión, me apliqué durante todo el tratamiento sólo a transmitir a la enferma de mi propia fuerza nerviosa.

Es verdad que se dormía desde el principio de cada sesión. Pero yo no la incitaba allí de ninguna manera, por lo menos por mi voluntad: era en el sujeto una costumbre tomada.

En cuanto a su lucidez, yo tenía inmediatamente una muestra. Apenas adormecida, la sibila me habló del Dr. Pinel:

“Pero no me dijo de ninguna manera aquel en lo que pensaba. Quiso calmarme, afirmándome que yo “no padezco de la verdadera rabia y qué mi estado es sin peligro. En realidad, me considera “perdido. Si le encargó de cuidarme, es en último extremo. Además, no cree apenas en la eficacia de su tratamiento, también bonitamente estará sorprendido, cuando sabrá que vos me habéis curado. ¡Porque vos vais a curarme, lo veo distintamente, y esto no será largo!”

Esta predicción plenamente debía realizarse. Las cosas tomaron giro seguidamente excelente: la garganta se volvió más libre y las confusiones cerebrales se atenuaron.

Pero estos progresos debieron ser conquistados por alta lucha. El magnetismo provocaba crisis de extrema violencia, que estallaban a veces al mismo curso de las sesiones. Trémula, los ojos despavoridos, la enferma entonces castañeteaba los dientes nerviosamente.

Experimentaba las ganas de morder y, si la razón no la hubo retenido, se habría echado sobre mí.

Estos ataques que revolucionaban todo el organismo fueron anunciados por anticipado. Quedaban de eso unas modificaciones saludables, que el sujeto indicaba luego en su sueño.

Una última conmoción, más vehemente que todas las demás, se produjo entre la decimotercera y la decimocuarta sesión. Fue seguida por una fiebre ardiente, acompañada por una sed tan intolerable como para apaciguarlo la enferma buscó todos los líquidos que estaban en su alcance. Pudo beber sin dificultad, y se vive desde este momento liberada para siempre la contracción nerviosa del gástrico que se oponía al paso de las bebidas.

El horror del agua fue superado; también, el día siguiente, el sujeto se declaró curada. Por precaución las sesiones fueron proseguidas, a intervalos cada vez más espaciados, durante cerca de dos años.

No hubo ninguna recaída. La salud general gozó del tratamiento magnético, en suerte que esta dama no es tan bien transportada jamás como desde su mordedura.

CAPITULO XIII

LOS MILAGROS

La excepción y regla. Una curación súbita. La sugestión medica. Sensación provocada por el magnetismo.

El magnetismo es lejos de conducir siempre a los resultados instantáneos y los brillantes. Encontramos sólo por excepción de los enfermos de una sensibilidad excepcional; pero son las curas extraordinarias que golpean las imaginaciones, y somos propensos a citarlas las primeras.

Esto presenta ciertos inconvenientes; porque los enfermos esperan entonces el ensayo de los mismos prodigios y se encuentran decepcionados cuando las cosas se limitan a seguir su curso normal.

Entonces, no hay que atribuirle al agente magnético un carácter milagroso. La fuerza nerviosa transmitida por un organismo a otra da lugar, la mayoría de las veces, sólo a efectos insensibles, graduales y bastante lentos. Las curaciones súbitas son raras. No depende del operador de provocarlos a su grado. Él mismo tiene allí veces menos parte que el sujeto; porque todo depende de un encuentro feliz de condiciones que favorece la acción curativa.

Así es como pude tener la buena fortuna de sacar de un mal fuerte a uno de nuestros pintores los más apreciados por exquisita delicadeza de sus obras. El **maestro** sufría de una gastralgia que subía a más de siete años, incluso a la campaña de 1870. Todos los tratamientos habían sido suspendido: el estómago había logrado negar todo alimento. La leche él hasta no fue soportada más que difícilmente. Por la noche, calambres atroces lo obligaban a morder los paños para no aullar más.

El magnetismo entonces fue recomendado por un amigo que había comprobado los efectos felices. Pero el enfermo no tenía ninguna confianza en este agente misterioso; debió sin embargo ir a instancias vueltas cada vez más urgentes.

Empeñado en no dejarse morir “según la fórmula”, el artista, que me conocía, consentía probar mi género de tratamiento.

La primera sesión pasó sobre todo en conversaciones; pero conversando mantenía mis dedos frente al estómago enfermo. El pintor se había empeñado en una disertación sobre la estética y observaba apenas mi actitud.

Que le había pedido si sentía algo, juzgó mi cuestión singularmente presuntuosa. ¿Cómo podía tener la pretensión de producir qué sea con la ayuda de un procedimiento semejante?

El día siguiente, la charla fue repetida en las mismas condiciones. Esta vez el pintor sintió en la región epigástrica una opresión ligera que ya había observado la víspera, atribuyéndole a una causa fortuita.

Volviendo el tercer día, supe que la noche había sido más tranquilo que de costumbre. ¿Era una coincidencia? Durante la sesión, la misma molestia nerviosa pareció más marcada. La noche luego fue excelente.

Todo, en lo sucesivo, fue muy bien: el sueño no fue perturbado más, los calambres desaparecieron y las funciones suspendidas prosiguieron. El régimen pudo ser progresivamente extendido, si aunque el artista curado puede hoy hacer honor al magnetismo, hasta con ocasión de un festín de banquete.

Esta cura, lo repito, no es de las que se obtienen de manera corriente. Tuve a su continuación que hay que tratar numerosos casos de gastralgias mucho menos graves, pero notablemente con menos éxito. Y sin embargo obraba en condiciones eminentemente favorables: los enfermos me llegaban maravillados y llenos de veces en mi fuerza curativa.

Posiblemente habría debido sacar provecho de su estado agudo por la sugestión con autoridad, pero me repugna de hacer promesas arriesgadas.

Temo las esperanzas exageradas, porque al el menor pretexto corren peligro de girar al desaliento.

Las curas obtenidas por persuasión me parecen ofrecer, por otra parte, sólo garantías pobres. Sin duda, muchos enfermos recobraron la salud, únicamente porque se supo hacerles creer que iban a curarse. Pero el terapeuta verdadero les abandona de buena gana estos subterfugios del arte medical a ciertos pontífices, a los que el prestigio alborotador hace todo el éxito.

Si se aspira a hacerse un agente realmente activo de curación, mejor se será no prometer nada por anticipado. Lo que importa, es ganar la confianza de los enfermos, y el mejor medio de alcanzar allá es mostrárselo digno. En consecuencia, una sabia reserva se impone, hasta el momento cuando se muestran efectos que permiten pronunciarse con toda seguridad.

En cuanto a las sensaciones extraordinarias las cuales los enfermos esperan a veces, se reducen, en general, a algunos estremecimientos insignificantes, donde a hormigueos ligeros en los miembros, sobre todo a las extremidades. Pero pasa también que absolutamente no se experimenta nada y que la acción magnética no es altamente eficaz menos muy de allí. La mayoría de las veces los enfermos acusan sensaciones vagas, difíciles de definir. Lo que hay para ellos de más claro, es que son entonces bajo la impresión de un descanso general de los nervios y que se descansa en una calma llena de bienestar. Si sobreviene de la somnolencia, se refiere a un sueño normal, esencialmente tónico y reparador. La lucidez somnambulica es, en estas circunstancias, un fenómeno de extremo rareza.

Algunos efectos curiosos se relacionan sin embargo con la práctica ordinaria del magnetismo curativo. Así es como la mano, aplicada por encima cubierta o ropas espesas, suelta a veces un calor intenso y penetrante. Los enfermos se creen entonces en

contacto con la boca de una estufa. Otras veces, pero esto es menos frecuente, el sujeto se declara helado, hasta por pases a distancia. En ambos casos, la mano del operador se queda a la temperatura normal.

Aparte de estas singularidades, la imposición de las manos y los pases magnéticos manifiestan su acción sólo por una vuelta insensible a la salud. El enfermo tiene más tono y soporta mejor sus dolores, que van atenuándose a medida que las fuerzas vuelven.

CAPITULO XIV

LA FE

Un enfermo poco sugestionable. Escépticos y creyentes. Los remedios tóxicos. Las enfermedades nerviosas. El protoplasma. Las heridas. El magnetismo medio de detener el derrame de la sangre. Éxito en un parto. In extrémis.

Si el magnetismo actúe sólo por sugestión quedaría ineficaz sobre los niños en la primera infancia y, a razón más fuerte, sobre los animales. Entonces, precisamente son los seres pasivos que gozan mejor de su acción. Nada es demostrativo más para este tema que el caso de un galgo egipcio que me fue dado a magnetizar.

El pobre perro era cerca de ceder a la enfermedad de la infancia. Nos mostrábamos muy inquietos. Los disturbios bulbares se miraban amenazadores: el corazón latía con violencia, mientras que la respiración se volvía cada vez más jadeante. ¡El veterinario no respondía de nada y se contentaba con declarar que el neumogástrico fue tomado!

Viendo el galgo de África temblar bajo sus cubiertas, me eché a acariciarle la cabeza, luego a aplicarle la mano sobre la nuca. El perro dio pronto signos de satisfacción por un equilibrio ligero de la cabeza, que seguía el movimiento de mis dedos.

El ritmo respiratorio apareció luego regularizarse; por fin, después de haber tenido los ojos cerrados, el animal giró hacia mí una mirada fangosa, luego pareció dormirse de nuevo con calma.

Al cabo de algunos minutos, tuvimos la sorpresa de verlo hacer esfuerzos para levantarse sobre sus patas. Llegado no sin dificultad a ponerse en pie, se acercó algunos pasos vacilando, luego se sacudió, como para repetir totalmente sus sentidos. Tuvimos entonces la idea de presentar a esto que moría de la leche, que bebió a lengüetadas sin dificultad.

El día siguiente, una nueva sesión terminó la curación.

Este perro se mostró siempre agradecido del servicio que le devolví. Ladra comúnmente con furor contra los visitantes; pero tan pronto como me percibe son saltos de alegría, que son tanto más conmovedores ya que los seres razonables olvidan de buena gana lo que se hace por ellos.

Vemos por este ejemplo que el magnetismo no exige de ninguna manera que se esté convencido por anticipado de su eficacia. Para gozar de sus efectos saludables, es importante sobre todo ser neutro.

A pesar de las disposiciones morales más favorables el éxito, sin embargo, es lejos de ser asegurado fatalmente. Creyentes entusiastas pueden quedar enfermos, mientras que se les vio incrédulos curados para decirlo así pesar de ellos.

El caso es que el obstáculo es a menudo material. Sin hablar de enfermedades que son incurables, tanto por el magnetismo como por otro medio, nos topamos a veces con envenenamientos del sistema nervioso, ocasionados por los productos farmacéuticos de los que los enfermos se saturaron.

Cuando el organismo sufrió así los estragos de los agentes químicos más variados, harían falta verdaderos milagros para triunfar de los dolores vueltos inextricables.

Sin embargo, jamás hay que desesperar. La naturaleza misericordiosa remedia a la larga los desórdenes más profundos. Repara nuestros errores, reviviéndole a una a una las células entumecidas por los estupefacientes. El magnetismo acaba entonces por intervenir útilmente, pero su tarea es ingrata; también no está en derecho a mostrarse por demasiado exigente, sobre todo cuando de manera prolongada sirvió de campo de batalla a los principios desorganizadores más pérfidos.

Si los magnetizadores pudieran siempre ser puestos en presencia de un sistema nervioso indemne, su intervención quedaría sólo muy raramente estéril.

Es al principio de las enfermedades que se actúa sobre todo con eficacia. Cada familia debería pues contar en su círculo a una persona vigorosa y benévola, sabiendo precaverse por medio del magnetismo de todas las complicaciones amenazadoras. Ahorraríamos tantos muchos sufrimientos, y la salud podría volver a ser el estado normal del hombre civilizado.

No habría que imaginarse que el tratamiento magnético se aplica sólo las enfermedades puramente nerviosas. Las neurosis, sin duda, son a veces curables sólo por el magnetismo; pero la influencia magnética se ejercita de modo general sobre todas las partes vivas del organismo, y no únicamente sobre los nervios. Porque la vida esencialmente reside en el protoplasma de las diferentes células, y es la sustancia que directamente se actúa por el magnetismo. Esto se explica cómo se puede, por ejemplo, modificar ciertos tumores que no están bajo la dependencia de los nervios.

Si las células nerviosas son particularmente impresionables, es porque están casi exclusivamente constituidas por protoplasma.

Esta impresionabilidad es manifiesta sobre todo en cuanto a los centros vasomotores. Les actuamos con la facilidad más grande para provocar unas veces un fenómeno de vasodilatación, y otras, al contrario, un efecto de vasoconstricción.

Así es como pasé a recuperaciones diversas de parar en seco una hemorragia, mientras que vasos capilares fueron sólo perjudicados. Podría citar para este tema de los hechos que recordaría las prácticas de Aïssaouah (*bailan acuchillándose el pecho, la cara y los brazos. Al fin de la sesión, su jefe detiene la sangre que fluye; cierra con este fin los labios de cada herida murmurando oraciones.*) y los malabaristas orientales que, sumergidos en un delirio artificial, se hacen heridas horribles, a los que luego son curados instantáneamente.

Debe pues quedar adquirido que las enfermedades físicas, las que se manifiestan por disturbios de la circulación o por atascamientos, son las menos recalcitrantes. Pero los resultados más bellos se obtienen cuando se trata de ayudar a la naturaleza en el cumplimiento de un trabajo fisiológico.

En un parto, que se anunciaba muy mal, vi los dolores, primero continuos, volverse intermitentes tan pronto como se recurrió al magnetismo. Muy luego pasó muy bien, al gran asombro de la comadrona muy inquieta al principio.

En los casos que no pueden dejar ninguna esperanza, el magnetismo no presta menos servicio. Tuberculosos, llegados al último estadio de su mal, se sentían renacer la vida cada vez que recibían mis cuidados. Pero se asimilaban sólo una vitalidad efímera y suficiente sin embargo para suavizar sus últimos momentos y ayudarles a darse el pego sobre su estado.

CAPITULO XV

OPERACIÓN QUIRÚRGICA EVITADA

La vida en peligro. El abandono por los sabios. El ensayo del magnetismo. Indicios sacados de las sensaciones del magnetizador. Curación terminada por un novicio.

Fueron cuestión hasta aquí sólo unos efectos de la acción magnética; he aquí el momento de buscar las causas productoras. Pero, con el fin de quedar en el mismo sitio práctico, los capítulos próximos tratarán sólo procedimientos que hay que emplear por el magnetizador para sacar partido más ventajosamente de fuerzas.

En primer lugar, conviene examinar cuáles son las fuerzas de las que puede disponer el psicurgía. Ellas todas se reducen a una única: el Pensamiento, entre los que la Voluntad y la Imaginación representan el aspecto doble activo y pasivo. El terapeuta debe pues aprender a poner en ejecución de una vez su **voluntad y su imaginación**.

Jamás nos disimulamos la importancia del papel que juega la voluntad en la práctica del magnetismo. La energía de uno querer indomable siempre ha sido mostrada como la fuente de toda fuerza taumatúrgica.

Hasta parece que hubiera habido exageración bajo este informe, porque siempre no se fue bastante como hasta aquí la influencia ejercida por la imaginación del operador. Entonces, cuando se trata de curar, la voluntad sola es impotente, y es por la imaginación sobre todo que se actúa el organismo del enfermo.

Un magnetizador puede tener a consecuencia de las aptitudes muy diferentes, según que domina en su caso la **voluntad o la imaginación**.

En el primer caso, sus disposiciones lo llevan menos a curar que a experimentar. Los temperamentos voluntarios agobian las naturalezas débiles y se complacen a dar pruebas de su superioridad.

Su brusquedad no conviene apenas el tratamiento de las enfermedades; sin embargo pueden conseguir sacudir a un enfermo, despertar lo que duerme en él. No hay que pedirles una transfusión de vitalidad dulce, progresiva y paciente. Si magnetizan para curarse, proceden por sesiones cortas pero repetidas. Sin embargo, la perseverancia no es su mucho: disipan rayos por un tipo de descarga instantánea y formidable de la voluntad; pero si no resulta de eso una cura súbita, no les gusta volver a la carga.

Es de allí de muy distinto modo cuando el operador hace actuar su imaginación. Ésta no tiene nada brusco en sus efectos; baña al enfermo de efluvios permanentes que le constituyen un ambiente saludable. La influencia de la imaginación se ejercita tan poco a poco, pero con tenacidad y seguramente.

Para hacer activa la imaginación, punto es necesidad de concentrar la voluntad; se trata de entregarse mucho más bien a una suerte de abandono que lleva al terapeuta que hay que ceder de su vitalidad. El operador se absorbe en un ensueño particular y se olvida, mientras que su alma se exterioriza y se traslada sobre otro. Estas indicaciones deben bastar con dar a entender que el gran agente mágico resulta del matrimonio de la voluntad varonil y de la imaginación femenina, los principios antagonistas que representan ambas serpientes del caduceo hermético.

La voluntad y la imaginación jamás se encuentran en las mismas proporciones, y con calidades idénticas, entre varios operadores. No sabríamos como consecuencia establecer una regla uniforme en cuanto a la manera de magnetizar. Cada uno debe aprender a conocer esto, con el fin de desarrollar sus aptitudes individuales y sacar de eso todo el partido posible. No hay que esperarse encontrar a dos magnetizadores que obran del mismo modo y obtienen los mismos efectos.

Pero el mismo operador todavía deberá saber variar su manera de actuar según los enfermos y según las enfermedades.

Cuando las fuerzas de la economía reclaman sólo una mejor repartición, un gasto fuerte y personal no será indispensable: para restablecer la armonía bastará sí él afortunadamente con ser equilibrado.

Hará falta al contrario, ampliamente valor de su persona, si se vuelva necesario aumentar la tensión vital. Podemos dar la vida sólo sacar de eso de sí hasta.

Sin embargo, no son los colosos que se muestran siempre bajo este informe los más generosos. Las naturalezas exuberantes no son las que se revelan ser más ricas. Personas endebles y delicadas, pero bien en posesión de ellas mismas, pacifican a veces como por encanto los disturbios de las constituciones robustas.

Esto debe animar cada uno a ponerse manos a la obra, porque ninguno es desarmado con buen fin. La fuerza magnética no es proporcional al vigor muscular.

Sepa querer con dulzura, sin sofrenadas ni sobresaltos; tenga una imaginación viva y ardiente, y déjese arrastrar de fuera de vos mismo (a) para llevar socorro a otro; cultive vuestras facultades voluntarias e imaginativas: así su poder se oculta Ira sin cesar aumentando.

Todo es aprender a pensar, con el fin de servirse del pensamiento como de la fuerza comparable a la electricidad.

CAPITULO XVI

LA PREPARACIÓN DEL OPERADOR

El entrenamiento psicurgico. La dominación de él sí mismo. Las fuerzas nerviosas. Su acumulación durante el descanso. El sueño. La orientación. El cansancio mental. El desinterés.

El primero que llega puede magnetizar, estar bien de salud; pero hay unas personas mejor dotadas que otras desde el punto de vista de la acción que hay que ejercer. Ciertas disposiciones naturales permiten obtener los resultados más rápidos y más fecundos. Sin embargo las aptitudes, mismas los más brillantes, piden ser cultivadas. Nos volvemos realmente fuertes en magnetismo sólo después de haberse sometido a un entrenamiento que tiene por objeto:

1°.- De devolver al operador completamente dueño de él mismo.

2°.- De enseñarle a acudir a las fuerzas difusas del ambiente para atraerlas, con el fin de trasladarlas luego sobre el enfermo.

Para adquirir el imperio otro concebimos para que haya que en primer lugar entrar en posesión plena de sí hasta. Cuanto más conseguimos dominar las fuerzas que queremos poner en ejecución, y más somos poderosos. **Una energía tranquila y retenida, pero susceptible de exaltarse a voluntad, tal es el gran secreto del poder psíquico.**

Pero esta fuerza de impulso se vuelve realmente preciosa sólo no ejercitarse en el vacío. Un fuego ardiente no basta con producir del vapor, si quema bajo caldera sin agua. Es para esto que una voluntad vehemente queda impotente en magnetismo, mientras no se aplique la propulsión de un tipo de electricidad vital que se acumula alrededor de la organización del magnetizador.

Esta acumulación se efectúa espontáneamente por el efecto del descanso y, de manera más especial, durante el sueño. Un magnetizador sabría pues reparar mejor sus fuerzas sólo durmiendo.

Dormir es para él una necesidad más imperiosa aunque de alimentarse. Podemos magnetizar teniendo hambre, pero el insomnio priva al operador de todos sus medios.

La tradición se entera de nosotros que el sueño es provechoso más particularmente si se ocupa de acostarse la cabeza al este. Está seguro que esta orientación ejerce una influencia marcada sobre un sistema nervioso sensible. No puedo, por mi parte, soportar la posición inversa. Cuando de viaje, mientras que ignoraba en cual dirección estuve acostado, me pasaba que yo no pueda dormir a consecuencia de un congestionamiento particular del cerebro, me tiene siempre basta con rehacer la cama, llevando la almohada a los pies, para probar en seguida un descanso completo. Hecha comprobación, comprobaba regularmente luego que la posición adoptada se acercaba a mi orientación acostumbrada.

Este hecho, que excluye toda hipótesis de autosugestión, no tiene nada extraño, si se sueña que el dormilón extendido la cabeza al este sigue el movimiento de rotación e la tierra y se encuentra arrastrado en el espacio *la cabeza adelante*, a una velocidad vertiginosa.

Con sueño se relaciona la tranquilidad de espíritu. La inquietud y las preocupaciones mantienen una agitación mental que agota. Una despreocupación cierta y filosófica es indispensable para el hombre que quiere poder disponer de una reserva fuerte de energía nerviosa. El magnetizador debe pues evitar, de “hacer la bilis”. Tendrá tanta acción que gozará interiormente de una paz más perfecta.

La calma y la seguridad están en este punto tan de rigor que el terapeuta corre peligro de verse paralizado, si no se atormenta por exceso respecto a la persona que reclama sus cuidados. También, siempre no es bueno serle vinculado al enfermo por una afecto vivo. Un hijo que ve a sus padres en peligro no es su mejor magnetizador. El marido no intervendrá tampoco siempre con más éxito cerca de su mujer. Un indiferente puede tener una acción mucho más eficaz, únicamente porque no se perturba.

Es todavía perjudicial ser demasiado tímidamente ansioso de obtener el resultado favorable. Vi a magnetizadores quejarse de tener éxito sólo cerca de los enfermos a los que asistían gratuitamente; eran suspendido tan pronto como se les concedía honorarios. Es, en este caso, su exceso de conciencia que los perdía, perturbando su libertad aguda. El curandero absolutamente debe no preocuparse de nada, actuando de sonido mejor. El resultado se hace lo que las circunstancias permiten sea: el operador es responsable sólo de lo que depende de él. Hay que pues magnetizar ricos y pobres con mismo sentimiento de caridad, resueltamente colocándose por encima de las cuestiones materiales.

No podemos por otra parte magnetizar sólo por filantropía, por gusto y por pasión, sino jamás por espíritu de lucro; un magnetizador tiene el derecho a vivir de su arte, pero debe hacerle en artista y no marchando de fluido. No sabría soñar con enriquecerse de otro modo que del punto de vista moral.

CAPITULO XVII

LOS EXCITANTES

Los venenos del sistema nervioso. Inconvenientes de una alimentación animal. El descanso previo reemplaza los estimulantes. Sueño conciente. Sus efectos. La coagulación de los Hermetistas.

Experimentamos en nuestros días la necesidad de darse artificialmente de tono. De este hecho, toda una gama de sustancias diversamente tóxica entró en el consumo corriente. Después del alcohol y el ajeno, el uso se difundió opio, morfina y el haschich.

Todos estos venenos actúan el sistema nervioso, y traban sus reacciones normales. Un magnetizador debe abstenerse de eso con cuidado más grande. El vino mismo no es ventajoso de ninguna manera; lo mismo ocurre café y té, incluso caldo y carne. En cuanto al tabaco, severamente tiene que proscribir, si se quiere gozar de toda su sensibilidad.

Para no ser intentado en absoluto recurrir a excitantes, basta con seguir el régimen vegetariano. Se recomienda imperiosamente a las personas que quieren entregarse al magnetismo de manera ordenado. Los carniceros son neuropatas. La carne de los animales cierra principios estimulantes, los que la absorción da un tipo de fiebre, los que impide querer con calma y sobre todo imaginar con la continuidad necesaria. La carne ejerce una acción embriagadora que destruye la neutralidad indispensable para el operador cuidadoso de magnetizar con fruto y sin cansancio.

En una época cuando me desvivía sin contemplaciones, podía entregarme a un desenfreno verdadero de magnetismo mientras observaba un régimen puramente vegetal. Pero a la menor desviación mi equilibrio nervioso se encontraba roto. Entonces no estaba en estado más de vibrar libremente, en concordancia plena con las fuerzas que tenía que asimilarme, luego a transmitir a otro.

Cuando se ocupa de no trabar en nada las reacciones naturales del sistema nervioso, el simple descanso basta para sólo no sólo con compensar las pérdidas, sino que además con abastecer de fuerzas superabundantes con vistas a un esfuerzo extraordinario. Si en lugar de recurrir a excitantes para cumplir un trabajo que exija un esfuerzo mental cierto, se tuviera la sabiduría de recogerse, se reposando, nos pondríamos tan muy rápidamente en condiciones de producir con facilidad.

Para mi parte, yo fui visto por a veces inepto para todo trabajo intelectual y físico. Un cansancio invencible me prohibía toda aplicación: se me volvía imposible fijar mi espíritu, hasta fue con vistas a una lectura simple. Así como la lucha todavía agravaba este estado, hace un esfuerzo me era repudiar a eso, para abandonarme a una pasividad completa procurando dormir. Pero el sueño quedaba incompleto; derribaba en una languidez deliciosa no mi dejada más la sensación de mi cuerpo. Mis miembros no eran más bajo la dependencia inmediata de mi voluntad: para ejecutar un movimiento yo mismo tenía previamente un esfuerzo por hacer para volver, porque era como soltado en parte lazos de la materia. También, la vida del sueño aparecía en mí como la vida efectiva; los cuadros más hechiceros desfilaban delante del objetivo de mi vista interna. Todo lo que veía era idealmente bello: era un encantamiento continuo.

(Posiblemente abusé de este modo instantáneo de recuperar mis fuerzas. Un trabajo continuo impunemente no es impuesto a nuestros órganos, sobre todo a los elementos extremadamente delicados del sistema nervioso. Absolutamente hace falta descanso. Esta exigencia hará siempre difícil o peligroso el ejercicio profesional del magnetismo: si se es concienzudo, nos matamos, y en caso contrario mejor vale abstenerse. Ya que cada uno es en condiciones de magnetizar, hay que repartirse la tarea: tal es la solución. Magnetizando una o dos veces al día, no nos exponemos al el menor peligro; pero cuando, en el curso de su día, se desvive seriamente a favor de una decena de enfermos, y esto durante meses o años, el oficio se vuelve extenuante. Podemos no percibirnoslo desde el principio, pero un momento viene donde hay que pararse.)

Mi experiencia personal me lleva así a proscribir los estimulantes artificiales que actúan sólo agotando las reservas vitales del organismo.

Entonces, es importante no empezar jamás estas provisiones dinámicas, que son el capital y debemos gastar sólo sus rentas. Para actuar con eficacia jamás hay que, del

punto de vista nervioso, contraer deudas sino, al contrario, amontonar por anticipado economías cuando un aumento de gasto tiene que hacer.

Toda rotura de equilibrio arrastra, por lo demás, una reacción compensadora. Un exceso provoca siempre un exceso equivalente en sentido contrario.

Después de un aumento de actividad, un descanso correspondiente se impone; pero es ventajoso recoger en la pasividad de las fuerzas suplementarias, antes de acometerse en un trabajo fatigoso. Cuando se supo coagular tenemos de qué disolver; porque la fórmula famosa “**SOLVE ET COAGULA**”, no se refiere a otra cosa que al condensación y al dispersamiento de la fuerza universal. El magnetizador puede dar sólo lo que previamente recibió. Permitirse recibir, tal es pues el punto de partida de sus operaciones

CAPITULO XVIII

LA POSTURA EN RELACION

Aislamiento. Encantamiento. El entusiasmo. Las fuerzas del alma. La certeza de actuar siempre con fruto.

La manera de obrar no contiene en magnetismo una regla uniforme. Cada uno debe actuar según los recursos de su individualidad. Pero es difícil, cuando se empieza, de improvisar toda pieza un método. Comenzamos por adoptar uno que tenemos de otro, luego la modificamos poco a poco según su propia conveniencia. Así es como logré proceder de la manera siguiente:

Abordando a un enfermo, velo en primer lugar por que sea extendido o sentado cómodamente, luego me instalo cerca de él, para poder apreciarle las manos.

Casi todos los magnetizadores entran así en materia; pero algunos de ellos consideran útil de fascinar al enfermo obligándolo a mirarles en los ojos. Esta práctica es limpia de los adormecedores, pero no se recomienda de ninguna manera cuando se trata de curar.

Prefiero no imponerle al enfermo ningún cansancio y, lejos de fijar con una energía más o menos feroz, cierro los ojos, para entregarme a la pasividad más completa. Durante algunos segundos, es un tipo de destrucción: olvido todo lo que me rodea y no pienso en nada. Luego las ideas me vienen uno a uno. Las manos que siento en las mías me recuerdan que tengo que magnetizar a alguien. Oro, el enfermo que quiere tener confianza en mi intervención no debe ser decepcionado; es indispensable que sea curado. No puedo dejar desacreditar el magnetismo y, por otra parte, el desgraciado que tengo delante de mí es digno de toda mi compasión... Evoco entonces todos los motivos que son susceptibles de exaltar el interés que le llevo.

Finalmente contemplo el sufrimiento como el que resulta de un disturbio de la armonía universal. Sueño con principio que difunde en el mundo la luz y la vida. ¿No en nombre de esta fuerza soberana que me incumbe de intervenir? ¿El hombre quién quiere el bien no se hace el agente de todas las energías que luchan contra el dolor? El individuo no es nada por él hasta, sino puede disponer de una fuerza inmensa si llega a imantarse corrientes de la vida colectiva...

Dejándose llevar por el flujo de pensamientos semejantes, llegamos a un grado de entusiasmo que sí favorece la exteriorización. No justo quedándose de sangre fría que se puede sacar de sí, para volar en socorro a otro con toda su alma. Hace falta a ello psicurgia aprender a exaltarse por medio de una suerte de encantamiento, embriagándose poco a poco de pensamientos que nacen de mismos.

A veces el enfermo mismo no inspira apenas un interés poderoso. No lo merece menos simpatía, porque pertenece a este cuerpo de la humanidad del que somos los nómadas componentes.

Nosotros todos participamos en la misma vida colectiva, y devolver la salud a otros sí es curarse.

Pero la idea de solidaridad no llega siempre a llevar al operador al diapason requerido. Puede entonces recurrir a un artificio más sutil. Magnetizando un indiferente se representará la imagen de una persona para que él sacrifique de buena gana su vida, luego se imaginará que es a ella a quien cuida...

El problema consiste en convertir en energía curativa todas las potencialidades reunidas del pensamiento, de la imaginación y de la voluntad. Ningún recurso debe ser descuidado en este fin.

Pero lo esencial estará siempre no dejarse empezar por duda. No es el enfermo que tiene necesidad de tener la fe, es el operador. Jamás debe sobre todo temer toparse con alguna imposibilidad.

Podemos acometer por encima de sus fuerzas; pero ningún esfuerzo generoso puede quedar estéril. Nada se pierde en el dominio de las fuerzas. Si la energía emitida no llega a localizar el objeto de su destinación, menos no será utilizada.

Las sesiones de hipnotismo abastecen de eso la prueba; porque, cuando se esfuerza por adormecer un sujeto rebelde, pasa muy a menudo que un espectador de quien no se ocupaba de ninguna manera tumba de repente en sueño.

Este hecho debe calmar al terapeuta, que no tiene que inquietarse por el resultado de sus esfuerzos. No le incumbe obtener siempre lo que desea; pero cuando se desvive jamás deja de enriquecer la atmósfera de efluvios vitales que mismos va a los más necesarios.

Esto es verdad sobre todo para el magnetizador sensitivo, que no actúa en virtud de una decisión arbitraria de su voluntad, sino únicamente la solicitud del enfermo. Cuando éste es atractivo, es que transmite inconscientemente a otro la fuerza de la que hasta no saca provecho él. El psicurgo que sabe ponerse en armonía con las corrientes de la vida general no corre ningún riesgo de intervenir en pérdida pura.

CAPITULO XIX

LA AUSCULTACIÓN MAGNÉTICA

Eretismo psíquico. Neutralidad del operador. Atracción espontánea. Los puntos débiles. Indicios abastecidos por la sensibilidad. Sus ventajas.

Después de haber reunido las fuerzas destinadas a combatir el dolor no debemos apresurarnos a lanzarlos ciegamente contra el enemigo. La acción pide ser conducida con discernimiento; pero basta con este fin con no precipitar nada, dejando al sistema nervioso el tiempo de reconocerse.

He aquí a este respecto mi modo de proceder: mientras tengo las manos del enfermo actúo a mismo y no a él; pero viene un momento cuando mi energía psíquica alcanzó un grado suficiente de tensión. Soy advertido de eso por sensaciones especiales: mis cabellos parecen levantarse, luego una suerte de escalofrío se va de la nuca y se propaga a lo largo de la columna vertebral. Pronto este influjo alcanza hasta la extremidad de los miembros, que ligeramente entran en trasudor; luego el movimiento vuelve sobre él hasta: el pecho se hincha y respiración toma un ritmo anormal.

Tiene allí por una invasión por un soplo misterioso: instintivamente me incorporo y abro los ojos.

Abandonando entonces una de las manos del enfermo comienzo a pasear delante de él la mano vuelta libre. Pero toda mi atención se limita a sentir, conforme a las teorías de Didier (Ver capítulo III). Exploro así las diferentes regiones del cuerpo (tórax, abdomen, miembros, etc.) quedando pasivo, o más exactamente neutro, porque si yo no actúa yo mismo (por la voluntad), yo dejo actuar mi sistema nervioso, y yo observo los puntos los cuales su acción se lleva espontáneamente. Tan pronto como abordo una de estas regiones la corriente que se establece hace contraer mis dedos, transformados en esta circunstancia tantas varas adivinatorias.

Los centros atractivos que discierno así necesariamente no corresponden a los órganos enfermos, sino son brechas sobre las cuales la acción deberá concentrarse

Una sensibilidad ejercitada abastece de estas materias de las indicaciones preciosas. Permite alumbrar plenamente la acción, también le sabríamos recomendarles a los principiantes aprender a sentir demasiado.

Podemos por otra parte ir mucho lejos en la vía de esta clarividencia particular a los magnetizadores experimentados. Poseer algunas nociones de fisiología llegamos a hacerse una idea extremadamente nítida de los desórdenes que hay que combatir. A veces también, nos damos cuenta del estado de los órganos sin necesitar ser en contacto con enfermo. De una sesión al otro percibimos las modificaciones que se produjeron para sacar de eso de pronósticos respecto a las fases próximas de la cura. Por otra parte, pasa que se llamen la atención del enfermo de síntomas que olvidaba señalar.

En resumen, tres fases tienen que distinguir en las operaciones que se suceden en el curso de una sesión magnética.

El operador se hace en primer lugar pasivo y atractivo. Se prepara para la acción acudiendo a las fuerzas que deben intervenir.

Cuando está dispuesto a actuar, se retiene, para quedar observador neutros efectos que mismos se produce.

Por fin, se vuelve activo, tan pronto como es plenamente informado sobre lo que importa ser emprendido. Un plano de batalla juiciosamente concebido permite entonces actuar sin desperdiciar el menor esfuerzo.

CAPITULO XX

LA ACCIÓN

El empleo de la voluntad. El valor total de sí. La inmunidad contra el contagio. Peligro de la pasividad. El coraje.

Para sacar de la neutralidad y el devenir progresivamente activo, el magnetizador tiene que sólo responder a las atracciones que se ejercitan sobre él por parte del enfermo. Satura las regiones absorbentes, y es allí a menudo todo su papel.

Pero una intervención más vigorosa puede volverse necesaria: entonces es raramente útil de desplegar un esfuerzo brusco. La dulzura se recomienda en general, aliarse una energía gradualmente creciente.

El terapeuta jamás debe olvidar que su fuerza esencialmente reside en una voluntad retenida. Tiene todo interés a punza desperdiciar su fuerza voluntaria. Es una reserva suprema que debe entrar en línea sólo a propósito. Debilitamos la voluntad en el ejercicio a tontas y a locas. Para hacerla irresistible, hay que al contrario mostrárselo avaro. El que evitaría querer fuera de intención, ése mandaría en soberanía a todo lo que sería susceptible de obedecer.

En magnetismo, la voluntad jamás debe ejercitarse arbitrariamente: hay que esperar que sea acudido a eso. Cuando todos los demás recursos han sido agotados solamente entonces conviene desencadenar quererlo en todo su impetuosidad. Pero raramente será necesario venir de allí hasta los medios heroicos del **psicurgia**.

Sin embargo, al fin de cada sesión, es del interés a la vez del enfermo y del magnetizador al que éste se desvive totalmente.

Con este fin, libramos al enfermo de algunos malestares que pudiera experimentar. Pasos transversales vigorosos tendrán razón rápidamente de allí. Los condensaciones mórbidos de la atmósfera magnética del enfermo siendo disueltos, se trata de reconstituir fuertemente su ambiente vital. Alcanzamos acumulando allí alrededor del sujeto de los nubarrones poderosamente cargados de electricidad curativa: es el momento de dar todo lo que se posee, sin temer agotarse.

En esto no corremos peligro de ninguna manera de cansarse, porque recuperaremos tan mejor de sus fuerzas renovándolos que las habremos gastado más completamente. El medio de enriquecerse en magnetismo es privarse de todo para otro.

Pero con el fin de proseguir más allá de lo que se dio, hay que evitar retrasarse pasivamente cerca del enfermo. Tan pronto como la sesión se acaba mejor es ganar en seguida el gran aire. Allí, nada provoca una mejor reacción que una marcha bastante rápida que acelera la respiración e introduce la piel en trasudor.

Si se necesita no descuidar jamás esta precaución podemos sin imprudencia atacarse a las enfermedades más contagiosas. El curandero no se expone a ningún peligro mientras es activo. La pasividad sola se le vuelve funesta, en particular cuando se traduce por el miedo. Pero ésta es necesariamente desconocida al hombre que tiene lo que hace falta para curar a otro.

En suma, un terapeuta debe aplicar juiciosamente sus fuerzas, sin soñar con economizarlos.

Cuanto más se olvida y más recibe. Jamás tiene que calcular: sus pérdidas se reparan tanto mejor que se menos cuidó.

Sin embargo no hay que perder de vista que nuestros órganos se gastan. Podemos hacer malabarismos con fuerza, darlo, luego repetirlo a tensión más alta, pero esto tiene sólo el tiempo si se mata a trabajar sin contemplaciones. Los aparatos nerviosos acaban entonces por irritarse y deteriorarse. Hay que pues actuar como acaba de ser dicho, pero no multiplicando al exceso el número de las sesiones y poniéndose de acuerdo entre ellas el descanso necesario.

CAPITULO XXI

CONCLUSIÓN DE LA PARTE PRÁCTICA

Salud obliga. La medicina familiar. Punto de curandero de profesión. Cada uno magnetizador.

Una influencia benéfica irradia de todo organismo sano. Por su medio, la salud se comunica y se hace una riqueza, que los medios partidos pueden repartir a los más pobres.

Entonces, si la riqueza material crea deberes para los que lo guardan, lo mismo ocurre de esta riqueza suprema que es la salud. En la medida de sus fuerzas cada uno debe socorrer a su prójimo, y ya que tenemos la facultad para curarnos los unos a otros somos culpables si no valoramos eso.

¡Aprendamos a conocernos mejor a si mismos! Disponemos de un poder curativo inconsciente que solicita a toda persona vigorosa que se hace el médico de los suyos. La imposición de las manos conduce a una terapéutica de familia, a una medicina íntima y no presuntuosa. Cada uno puede ejercerlo sin grandes estudios y sin diploma.

Esta medicina de ellos todos no debe en absoluto hacer despreciar la ciencia de los doctores. Muy imprudente el que querría siempre pasarse sin su experiencia.

No despreciemnos en absoluto sus luces sino actuemos antes de ellos: intervengamos con fuerza vital y con un fervor caliente en nuestro deseo de aliviar otro; tan la mayoría de las veces haremos superflua toda asistencia medical.

Los magnetizadores tuvieron hasta aquí la culpa de ser exclusivos y de querer sustituirseles a los médicos. Este error doble les lanzó en una explotación profesional del magnetismo que arrastra a las peores depreciaciones. Es importante reaccionar contra abusos iguales.

Justo precaviéndose de las complicaciones nacientes la imposición de las manos es llamado a prestar los servicios más preciosos; también hay que vulgarizar muy ampliamente la práctica. Los magnetizadores no deben constituir una corporación, porque todo el mundo debe hacerse magnetizador, toda persona, por lo menos que tiene las aptitudes y es el caso de la inmensidad general. Todo enfermo encontrará en su cerco de las personas capaces de imponerle las manos: el remedio está por todas partes al lado del dolor, pero de tontas prevenciones nos alejan de ello.

Seamos menos obstinados en la rutina que nos ciega. No rechacemos a la ligera lo que nos parece extrañamente: el orgullo humano sólo es demasiado propenso a reconocer la verdad; también se endereza preferentemente a los humildes, a los corazones simples, sobre los que es dicho que verán a Dios.